

PLANETA XII

CLARK CARRADOS

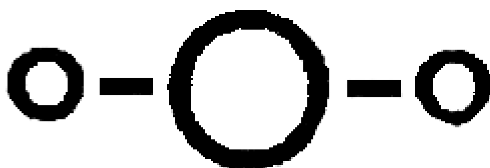
PLANETA XII

Colección ESPACIO

PLANETA XII

POR

Clark Carrados



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Depósito legal: B. 11.895 – 1959

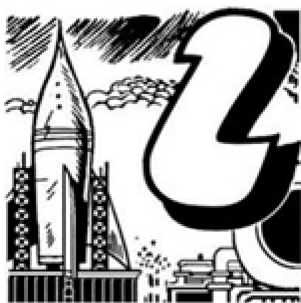
IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por EDICIONES TORAY - Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

PLANETA XII

CAPÍTULO PRIMERO



A carretera terminaba bruscamente ante una barrera de luz roja que alcanzaba a toda su anchura. En absoluto silencio, el chófer detuvo el coche a media docena de metros de la barrera.

En aquel lugar, la obscuridad era absoluta, con excepción del resplandor escarlata que expandía su siniestra luminosidad en un círculo de pocos metros de radio. Más allá de aquella luz, no se veía nada.

Un altoparlante habló bruscamente, con sonidos metálicos.

—¡Los ocupantes del automóvil, desciendan inmediatamente! ¡Tengan las manos separadas a diez centímetros de los costados! ¡Sitúense a dos metros de la proa del coche!

Tres hombres, uno de los cuales era el propio conductor, abandonaron el vehículo, actuando tal como se les ordenaba. Los tres vestían el uniforme de la Fuerza Espacial de la Federación Occidental, pero mientras que en el del chófer solamente se veían los rojos galones de sargento, en los de los otros dos podían verse las divisas de coronel. Uno de ellos, además, llevaba en el antebrazo tres negras iniciales, P. F. E., Policía de la Fuerza Espacial.

El otro coronel pertenecía a la astronáutica. Era alto, fuerte, bien construido, como lo solían ser los pilotos de astronave, y su edad no rebasaría los treinta y cinco años. Jason Koren era, posiblemente, el coronel más joven de la Fuerza Espacial y, pese a su juventud, uno de los más acreditados en su cargo.

Estaban a la entrada del S. S. C. (1), en el lugar que primitivamente fuera destinado al S. A. C. la mayor parte de cuyas instalaciones, mejoradas, además y aun ampliadas, se conservaban todavía. Jason había estado allí en numerosas ocasiones y, aunque sabía las precauciones que se empleaban con cuantos tenían acceso a la base, le extrañó que, teniendo a su lado al coronel Martin, siguieran empleándose con ellos tales precauciones.

—¿Quién diablos se creen que somos? — rezongó entre dientes— ¿Es que no le conocen a usted todavía, coronel?

—¡Silencio! — bramó el megáfono—. No hablen ni comenten nada en tanto no se les de la orden oportuna.

Jason dio un respingo. Aquello iba en serio. ¿Es que había guerra? Pero no; de ser esto cierto, ya haría tiempo que el país estaría envuelto en las llamaradas termonucleares de las bombas de hidrógeno. Sin embargo, algo ocurría, esto era evidente.

Un intolerable resplandor hirió los ojos del joven, obligándole a cerrarlos. Un poderoso reflector acababa de encenderse por encima de la barrera de la luz roja. Entonces, el altoparlante habló de nuevo.

—Avancen hasta el muro de cemento y sitúense allí. Los tres. Las manos fuera del cuerpo.

Los tres hombres hicieron lo que les decían. En negra silueta, un cubo de cemento se alzaba ante ellos, sobresaliendo del suelo unos cincuenta centímetros el cual venía a medir unos tres metros de lado.

Jason sé situó en el costado derecho, teniendo al coronel y al sargento conductor a su izquierda. Permanecieron allí unos segundos y, súbitamente, el muro comenzó a descender.

El joven comprendió que se hallaban en una plataforma tipo montacargas. En el momento en que su cabeza quedaba a nivel del suelo, el reflector se apagó.

Fue un brevísimo instante, pero tuvo tiempo suficiente para entrever, sin embargo, un par de anchos castilletes de vigilancia, con sendas torretas de ametralladoras, con montaje doble de calibre, 50, cuyos cañones estaban asestados hacia ellos. Por si fuera poco, dos tanques pesados, situados al otro lado de la luz roja, les habían estado encañonando durante todo el rato con sus piezas de calibre 12, cada una de las cuales podía convertirles en polvo antes de que pudieran enterarse tan siquiera.

El descenso duró un minuto largo, pese a la velocidad en que se hacía. Jason calculó, al detenerse, que habían recorrido unos cien metros en sentido vertical. Entonces, el muro frente al que se hallaban, se descorrió en silencio.

Una habitación apareció ante ellos. Un invisible megáfono les dio una nueva orden.

—Pasen dentro y desnúdense.

Jason arrojó una especulativa mirada a su compañero. Éste encogió los hombros con un gesto de resignación harto significativo.

Bruscamente, una puerta se abrió en el extremo opuesto y seis hombres penetraron por ella. Tres iban armados con sendas metralletas, cuyos cañones estaban firmemente encarados hacia los recién llegados.

Uno de ellos llevaba galones de teniente de la P. F. E. Los otros dos eran simples agentes quienes, una vez que se hubieron desnudado los visitantes, zapatos y calcetines incluidos, se llevaron todas sus ropas, en el mayor de los silencios.

—Por aquí, tengan la bondad de seguirme.

La frialdad del cemento del suelo invadió los pies del joven, que frunció el ceño, notablemente irritado por las precauciones de que estaban siendo objeto. Encuadrados por los guardias y el oficial, recorrieron unos cuantos metros de corredor hasta llegar a otra habitación, mucho más amplia que la anterior.

En ésta había numerosos artefactos médicos, además de tres hombres con bata blanca, lo que delataba su profesión a la legua. En un ángulo de la estancia se veía una pantalla de Rayos X de una altura de dos metros por casi uno de ancho.

Uno de los médicos se encargó de Jason, registrándole la piel centímetro a centímetro, en el examen más minucioso que el joven sufriera jamás. La boca le fue examinada, diente por diente y muela por muela e, incluso, con unos pequeños alicates, tiraron de sus uñas para comprobar que eran las legítimas y

no unas falsas, adheridas al pulpejo del dedo.

Cuando el médico se hubo convencido de que el joven no era portador en su cuerpo de nada sospechoso, lo llevó a la pantalla, tras la cual le mantuvo bajo examen durante un buen rato. Al terminar, lo dejó en libertad a pocos pasos del oficial.

—Está completamente limpio, teniente — dijo.

—Gracias — repuso éste, dirigiéndose acto seguido al joven—. Coronel, dispénsenos por este trato que usted, sin ninguna duda, considera humillante y vejatorio, pero es que, han surgido circunstancias extraordinarias que nos obligan a poner en práctica precauciones como jamás se han usado con nadie de cuantos han tenido acceso al S. S. C.

—Ya lo veo, ya lo veo — mascullό Jason. Luego prosiguió—. Tengo entendido que he sido objeto de una llamada por parte de una alta autoridad. ¿He de presentarme en tal estado ante dicha persona?

El oficial sonrió.

—Oh, no, coronel. Mientras que sus ropas y documentación están siendo concienzudamente examinadas, con el fin de no perder más tiempo, le daremos algo con lo que pueda cubrirse. ¡Cabo!

Un hombre penetró, llevando un montón de ropas en las manos. Jason eligió un par de cómodas sandalias, confeccionadas de tal forma que se ajustaban inmediatamente a cualquier tamaño de pie, y una especie de mono, de color amarillo vivo, fabricado con un tejido suave y esponjoso, que se adaptaba al cuerpo como una segunda piel, proporcionando el abrigo suficiente sin dar calor.

El coronel de la P. F. E. se vistió de idéntica manera. El sargento conductor fue llevado a otro lugar, y entonces, el teniente dijo:

—¿Quieren tener la bondad de acompañarme?

Salieron fuera. Un cochecillo de ruedas muy pequeñas, que en síntesis no era más que una especie de carretilla de equipajes, con tres bancos encima, les aguardaba ya. Un estólido conductor se sentaba en el banco de delante, teniendo en sus manos los mandos del pequeño vehículo.

Subieron al mismo y el conductor lo puso en marcha, recorriendo el túnel subterráneo con moderada velocidad. El túnel estaba iluminado brillantemente, de tal modo que no había la menor sombra en todo su trayecto.

De trecho en trecho veían una puerta, ante la cual, metralleta al puño y granadas de mano en el cinturón, había un inmóvil centinela. Aquel lugar era el «sancta sanctórum» en el cual se hallaban centralizadas todas las redes de las diferentes bases que el S.S.C. tenía esparcidas por la Tierra y los distintos planetas del sistema solar.

La carretilla continuó rodando hasta llegar al final del corredor. Entonces se descorrió un trozo de muro y el conductor hizo pasar el vehículo al otro lado, a un cubículo que bien claramente se veía era la caja de un ascensor.

Éste perdió altura durante — Jason lo calculó mentalmente— unos cincuenta metros más. Al terminar el viaje, la pared frontera se deslizó a un lado.

El teniente dijo:

—Pueden bajar. Esperen instrucciones.

Éstas llegaron casi en seguida. Dos oficiales, ambos con la graduación de mayor, seguidos por un par de guardias armados hasta los dientes, llegaron hasta ellos, llevándoselos a lo largo de otro corredor mucho más estrecho y corto.

Uno de los mayores se situó ante una puerta, sobre la que se veía una lámpara de color rojo, y habló a través de un micrófono invisible. La lámpara cambió a verde y la puerta se abrió.

—Pasen — dijo el mayor, echándose a un lado.

Esta vez entraron los dos solos. La puerta se cerró a un lado y entonces el policía se llevó la mano derecha a la frente.

—Coronel Martin, a la orden, señor, con el coronel Koren.

Jason saludó también.

Había dos personas en la estancia. Una de ellas era un hombre de unos cincuenta años, que aparentaba diez menos, de media estatura, fornido, sin llegar a grueso, poseedor de unos ojos duros y fríos y una mandíbula de perro de presa. Estaba en mangas de camisa y su aspecto era descuidado, pero no podía engañar a un mediano observador, y menos aún a Jason, acerca de sus innegables cualidades de energía e inteligencia.

La otra era una mujer. Jason hubiera silbado, de no recordar que se hallaba en presencia del teniente general Winning, jefe del Mando Estratégico del Espacio.

La mujer era rubia, pero sus cabellos tenían una curiosa peculiaridad: parecían como si estuvieran hechos de hebras de finísima plata, reluciendo con luminosidad propia, bajo las lámparas que daban luz a la estancia. Tenía los ojos muy claros, ambarinos, y apenas si utilizaba carmín para los labios, sin que en el resto de su cara se observaran otros afeites.

Jason, por la expresión casi infantil del rostro de la muchacha, le hubiera calculado unos veinte años; pero la plenitud de sus espléndidas formas le hizo comprender que tenía algunos más. Cualquier edad, hasta treinta, se dijo, observando que iba vestida con un traje análogo al suyo, en el cual

desentonaban, o al menos así se lo pareció a él, dos incongruentes zapatitos negros de afilado tacón.

El general se puso en pie.

—Coronel, tengo el gusto de presentarle a la señorita Tamara McDowan. Señorita, el coronel Koren.

Los dos jóvenes se saludaron mutuamente con unas cortas frases. Después, el general Winning dijo:

—Seguramente, coronel Koren, se habrá preguntado usted las causas por las que ha sido llamado, ¿no es así? Estaba disfrutando de unas bien merecidas vacaciones y nosotros se las hemos estropeado.

Jason murmuró algo acerca de que era un militar y, como tal, disciplinado y obediente; pero el general no le dejó seguir.

Winning tomó una carpeta que tenía al alcance de su mano, sobre una mesa, y continuó:

—Hemos estado estudiándole a usted durante largo tiempo, antes de decidirnos a encomendarle una misión. Una misión — agregó, tras corta pausa—, de la cual es muy posible que, no regrese.

Jason respingó:

—¡Diablos, señor! — murmuró a media voz— Pinta usted las cosas de una manera tan atractiva que le hace a uno aceptar, aun antes de saber de qué se trata.

—Sabía que usted me iba a contestar de esa manera, coronel — sonrió Winning —. Precisamente por eso mismo le elegimos a usted, tras un exhaustivo estudio de todos los comandantes de astronave en servicio activo. Posee usted, coronel Koren, todas las cualidades que necesitamos en el hombre a quien vamos a encargar de la misión. Es hábil, inteligente, astuto, fuerte físicamente y capaz de salir por sí sólo de los mayores atolladeros, sin necesidad de echar mano al «Manual del Perfecto Comandante de Nave Espacial», ni de reglamento alguno análogo. Un hombre así era el que necesitábamos, y ya lo tenemos.

Jason inclinó la cabeza.

—Muchas gracias, general.

—No me las dé; es estricta justicia. Bien, sigamos. Le vamos a dar a usted el mando de una nave, equipada especialmente, con un mínimo de tripulación, compuesta por una docena de hombres, todos con características físicas y psíquicas similares a las suyas, coronel. Esta misión, naturalmente, es ultrasecreta y, una vez que usted la conozca en líneas generales, deberá desarrollarla y llevarla a cabo según su criterio. Pero, antes de continuar

adelante, le diré una cosa.

»La misión es muy peligrosa — explicó —. No acepto su conformidad por adelantado, coronel, pese a que usted, estoy seguro de ello, esté ardiendo en deseos de emprender dicha misión. Si, cuando haya terminado de explicarle de qué se trata, rehúsa aceptar, nadie le dirá una sola palabra. Volverá a su puesto y aquí no ha pasado nada, excepto que prestará usted un solemne juramento de no revelar a nadie nada de cuanto aquí se hable.

El joven intuyó que algo muy grave estaba pasando cuando tantas precauciones se adoptaban.

Afirmó con la cabeza, deglutiendo sin poder evitarlo.

—¿Estamos de acuerdo? — preguntó Winning.

—Sí, señor.

—Si usted rehusara, tenemos otros dos oficiales de su misma graduación dispuestos para substituirle, Koren.

—No rehusaré, señor.

—Además, quiero que sepa que, aunque usted será el comandante de la nave que le vamos a confiar, la señorita McDowan viajará a bordo, con determinadas instrucciones que, en algún momento, si ella lo considera oportuno, deberán ser obedecidas por usted sin replicar.

—Las obedeceré, señor — contestó Jason con firmeza.

—Su futura tripulación está siendo examinada a conciencia. Ninguno de ellos, como usted hasta el momento preciso, sabe de qué se trata, ni lo sabrá hasta el momento en que usted, de acuerdo con la señorita McDowan, estimen oportuno revelárselo, ¿estamos?

—Sí, señor.

—Bien — dijo el general—; entonces quiero que lo sepa de una vez. Una guerra nos está amenazando. Pero no una guerra provocada por la Unión Oriental, sino, lo que parece más increíble, absurdo y fantástico, pero completamente cierto, por unos seres extraterrestres, los cuales habitan, según nuestros últimos informes, el Planeta XII.

CAPITULO II



RA un punto luminoso que destacaba claramente sobre el brillante azul del cielo y recorría el espacio con terrible velocidad, en línea recta, sin dejar tras de sí la menor estela de vapor de agua condensado, como solía ocurrir con los aviones a reacción.

De pronto, aquel extraño aparato, cuya forma no podía divisarse a causa de la lejanía, varió el rumbo. Aumentó de tamaño vertiginosamente, hasta convertirse, en una especie de disco volador que, repentinamente, desapareció, dejando un blanco cuadrado de luz.

Este cuadrado era el de la pantalla de cine. El general Winning dijo:

—El piloto de nuestro avión de observación se dio cuenta de que iba a ser atacado por el aparato y tuvo la presencia de ánimo suficiente para oprimir el botón que provocaría el lanzamiento automático de la cámara que había filmado la escena. Gracias a ese valiente piloto hemos podido conservar estas imágenes, de un valor informativo realmente insuperable.

Jason tragó saliva.

—¿Qué... qué fue del piloto, señor?

—El Ejército se cuida ahora de su viuda e hijos — replicó secamente el general. Levantó un brazo y la pantalla volvió a oscurecerse—. Véalo por usted mismo, Koren. Es una fotografía inmóvil, extraída de la cinta rodada por el capitán Maddox, del aparato que le atacó y que redujo a polvo el suyo.

Instintivamente, el joven se echó hacia adelante, estudiando la imagen del extraño artefacto que tenía frente a sí y que, agrandada por el proyector cinematográfico, se mostraba con nitidez hasta en sus menores detalles.

El aparato era de forma ovoidal, adoptando el aspecto convencional con que el vulgo había concebido los llamados platillos volantes. En su parte superior tenía una especie de casamata, a medias cilíndrica y a medias esférica, en la que se advertían varios círculos, más claros que el resto de la estructura y que, sin duda, debían de corresponder a otras tantas lucernas, para facilitar la visión a los tripulantes de la nave.

Además, en la parte posterior, llamando a la misma la opuesta al objetivo de la cámara, tenía algo así como dos largas varillas planas, inclinadas en el sentido de la marcha, pintadas de rojo y blanco en cuadrículas, en tanto que a ambos lados del disco general se veían sendos tubos de una longitud sensiblemente igual a la del eje mayor del disco. En su parte delantera se veía una ancha tira cuadriculada en blanco y negro, sobre la que se advertían unos extraños signos que no correspondían a ninguno de los idiomas de la Tierra.

—¿Se ha fijado bien en el aparato, coronel Koren? Grábese esa imagen en su mente; es muy posible que vuelva a encontrarse, con alguno de ellos en el espacio. De todas formas, ya le daremos más reproducciones fotográficas, para que pueda estudiarlas usted en sus ratos libres..., que de aquí en adelante van a ser muy pocos. Ahora continuaremos con los informes.

Tamara era la que, manejaba la máquina. Jason arrojó una furtiva mirada sobre la muchacha, y la vio seria, pensativa, muy concentrada en su labor.

—¿Puedo fumar, señor? — inquirió, notando de pronto un ansia terrible de tabaco.

—Desde luego, Koren.

El joven encendió un cigarrillo, prestando atención a las nuevas imágenes que se reflejaban ahora en la pantalla. De nuevo vio el artefacto, pero ahora caído en tierra, tumbado de costado. La cámara se movió, dejando ver un ancho rastro en el suelo, con vegetales tronchados y quemados a medias y el suelo arado por el aparato en el trecho en que éste se había deslizado antes de detenerse de súbito.

—El capitán Maddox nos informó por radio de lo que le estaba sucediendo. Como la transmisión fue cortada súbitamente, supusimos que había sido atacado. Entonces se pusieron en marcha los medios de represalia para casos semejantes, con el resultado que usted puede ver.

Winning hizo una pausa.

—Cualquier otro artefacto habría sido convertido en polvo cósmico por el efecto de nuestros cohetes. Éste, ya lo ve usted, resistió perfectamente todos los impactos. Cayó, naturalmente; no hay aparato capaz de resistir una descarga como la que le enviamos. Pero quedó intacto. Y ahora vea el interior. En medio de todo — añadió con buen humor el general—, tuvimos suerte.

Las sucesivas imágenes cinematográficas mostraron abierta una escotilla ovalada, situada en uno de los costados de la nave abatida. Después unos poderosos reflectores bañaron con su luz el interior del aparato.

Jason vio una especie de pasillo circular, casi cilíndrico, una de cuyas paredes, la que daba al interior de la nave, era transparente, permitiendo ver lo que había al otro lado. Se estremeció.

Era una especie de receptáculo de forma sensiblemente circular, en el que se veían media docena de sillones. En cada uno de ellos había un ser humano, sujeto al asiento por sus correas, pero todos ellos, ineludiblemente, estaban muertos, en distintas actitudes que no ofrecían el menor lugar a dudas acerca de cuál había sido su suerte final. Alguno de ellos, incluso, había sido arrancado del sillón, rompiendo las correas, y el espectáculo que ofrecía no tenía nada de agradable.

—Lamento tener que decir que, por más esfuerzos que hicieron nuestros técnicos, no pudimos llegar al otro lado de la pared de cristal. El corredor circula en torno a la cabina, pero no advertimos signo alguno de puerta que nos permitiera pasar al otro lado, aunque es indudable que algún medio debe de haber para conseguirlo. Además — añadió el general — tampoco tuvimos mucho tiempo para intentarlo. Fíjese, coronel.

Una chispa surgió repentinamente en el centro de aquella cabina. Era como un surtidor cilíndrico de fuego blanco que alcanzó en seguida la altura del techo de la cabina. La visión se cortó en el acto.

—Nuestros técnicos y el «cameraman» escaparon con el tiempo justo. Vea ahora, Koren.

Nuevamente apareció el aparato en toda su extensión. La visión duró un segundo apenas. De pronto, todo el disco volador pareció estallar, envuelto en llamas de fuego blanco que ardían silenciosamente, pero con una furia devoradora que no permitía la menor duda de lo que iba a ocurrir después.

El fuego ocupó todo el ámbito de la imagen cinematográfica. Pero fue por poco tiempo, porque unos cinco minutos después ya se había extinguido y en su lugar sólo quedaba una columna de humo, cada vez más tenue.

La cinta dio un salto, con el fin de acelerar la proyección. Un gran círculo negruzco apareció ahora en la pantalla, sin que sobre él se viera el menor rastro de metal.

—Esto es— dijo con perceptible amargura el general—, todo lo que queda de ese misterioso artefacto volador. Nuestras bombas no pudieron hacer otra cosa, y aún esto a duras penas, que obligarle a aterrizar. Pero, por algún medio que desconocemos, la nave se destruyó a sí misma, dejando menos rastro que si hubiera sido de papel y un chiquillo le hubiera aplicado una cerilla.

—Afortunadamente — dijo Jason—, quedan las imágenes.

—Un pobre consuelo, pero menos es nada. Tamara, encienda la luz, ¿quiere?

—Sí, general — contestó sosegadamente la muchacha, haciendo lo que le decían.

Jason encendió un nuevo cigarrillo. Después miró al general.

Como puede comprender esto que hemos visto no es indicio suficiente para declarar que estamos en vísperas de una guerra interplanetaria, Koren —siguió Winning—. Hay más cosas.

»Una de ellas es que este aparato no está construido en la Tierra. Hemos pasado una copia del «film» a la Unión Oriental, en donde nos han asegurado que no es suyo. Y esta vez es forzoso creerles, porque nuestros técnicos consiguieron estar en el interior y, por supuesto, no hay fábrica terrestre que construya nada igual. Todas, más o menos, ya sabemos cómo trabajan. La mano de obra terrestre, sea occidental u oriental, es muy parecida. Puede haber pequeñas variaciones de forma, pero el fondo es idéntico para unos y para otros.

»Ahora bien, dando por sentado que esta nave vino de los espacios interplanetarios, no hay duda de que atacó deliberadamente al capitán Maddox. Éste no había hecho otra cosa que señalarla y tratar de seguirla durante un vuelo de rutina. Pero el ataque de este navío que hemos visto en la pantalla fue tan fulminante, que deshizo a nuestro aparato como si hubiera sido de mantequilla. ¿Por qué?

»A esta pregunta puede contestarse de varias maneras. Usted sabe, por propia experiencia, que para llegar a Plutón y al Planeta XI es preciso abastecerse de combustible en Titán. Este satélite de Saturno es la mejor fuente de carburante que jamás hemos podido soñar. Está cubierto de metano helado y es suficiente llenar los depósitos para haber repostado sin necesidad de más. Allí, por lo tanto, tenemos una estación avanzada, y los orientales otra, las cuales han sido destruidas parcialmente; por fortuna, hasta ahora con escasas víctimas.

»Los informes de las patrullas de avanzada son confusos y contradictorios. Ahora bien, la experiencia nos dice que el Planeta XI, el que sigue en la lista a Plutón, está deshabitado. De antiguo, los astrónomos sospecharon que podían existir más planetas en el sistema solar y el hallazgo del undécimo no hizo sino confirmar las viejas hipótesis.

Después ciertas perturbaciones observadas en la órbita del Planeta XI han hecho sospechar, al igual que ocurrió con Plutón en tiempos antiguos, que un duodécimo planeta gira en torno del Sol, pese a que nosotros no hayamos podido descubrirle hasta ahora. Tal suposición viene abonada por los últimos sucesos ocurridos..., y es por esto que hemos decidido enviar una expedición para investigar, con usted a su frente.

Jason encendió un cigarrillo con la punta del anterior. Aunque trataba de disimularlo, estaba un poco nervioso.

—Piénselo bien antes de dar un paso definitivo, coronel — dijo Winning —. No quiero que luego se arrepienta..., y deseo que, en todo caso, tenga en

cuenta que esos misteriosos individuos ya nos han atacado en alguna ocasión. Si sus intenciones hubiesen sido pacíficas, habrían tratado de ponerse en contacto con nosotros, en lugar de destruir un aparato y parte de nuestras instalaciones en Titán.

—Lo tengo ya pensado, señor — dijo el joven—; pero ¿estamos seguros de que ese ataque viene del Planeta XII?

—¿Sugiere usted, acaso, que el aparato que hemos visto hace unos minutos en la pantalla pudo venir de otra región del espacio?

—Así es, señor.

Winning meneó vigorosamente la cabeza.

—No — dijo claramente—. Ha venido más allá del Planeta XI, situado, como usted sabe, a una distancia media de unos nueve mil millones de kilómetros. Pero no más lejos de una órbita situada entre los doce y quince mil millones de kilómetros. Los detectores instalados en el Planeta XI han señalado la presencia de aparatos volando a distancias no superiores a la señalada, en forma tal que no ofrece la menor duda. Es preciso, por lo tanto, descubrir ese planeta y entablar relaciones con sus habitantes Ver qué es lo que quieren de nosotros; ése es nuestro objetivo.

» Posiblemente, les ha ocurrido igual que a nosotros. Durante cientos de siglos hemos estado atados a la Tierra. De pronto, nos hemos lanzado al espacio, y en doscientos años escasos hemos logrado progresos que antes hubieran parecido increíbles. ¿Qué hubieran hecho nuestros astronautas de encontrarse con que, por ejemplo, Júpiter o Saturno estaban habitados? Hemos de ponernos en él sitio de esos individuos y actuar en consecuencia.

—Si las cosas se desarrollan como hasta ahora, es muy posible que nos ataquen.

—Su nave, en vista de lo ocurrido, irá provista de todos los medios de defensa conocidos hasta el momento. Le aseguro, coronel Koren, que va a tener usted el mando del mejor navío estelar de guerra jamás salido de las manos del hombre.

—Gracias, señor.

—Todos los informes que desee le serán facilitados sin demora, por mediación de la señorita McDowan. Recuerde en todo momento que ella será portadora de determinadas instrucciones, las cuales aplicará a su propia discreción y que, si tal caso se presenta, usted deberá obedecerlas sin discusión alguna.

—Sí, señor. ¿Puedo preguntar cuándo es la marcha?

—Antes de emprender nada, deberá usted familiarizarse con la nave y todos sus mecanismos, así como con la tripulación. Además, para caso de que

se quedasen cortos de combustible, llevarán depósitos suplementarios, pero no adheridos al casco, sino remolcados, aprovechando que en el espacio no hay resistencia alguna que vencer. Los víveres serán suficientes para cinco años; aunque espero que en dos, a lo sumo, hayan vuelto a la Tierra. Tenga en cuenta que, como el carburante no va a ser problema, podrán volar a velocidades muy superiores a las que ahora se acostumbran, lo cual, por lo tanto, representa un ahorro considerable de tiempo

»Mañana le será presentada la tripulación. Tendrán después dos días para arreglar sus asuntos. Dentro de tres comenzarán los entrenamientos con la nave parada. Y dos semanas más tarde zarparán.

—Muy bien, señor, así lo haremos.

Una tenue sonrisa se dibujó en los labios del general.

—Sabía que no se negaría a ello, Koren. Le aseguro que usted conseguirá lo que tanto deseamos. Ahora, si necesita alguna información suplementaria, la señorita McDowan se la facilitará con mucho gusto.

Jason miró a la muchacha, quien le devolvió la mirada impávida, con el rostro carente en absoluto de expresión.

Sacudió la cabeza.

—Por ahora no, señor. Mañana, si no tiene inconvenientes, desearía ver de nuevo el «film».

—Concedido. Entonces vaya a preparar lo que necesite, Koren. Ah, y recuerde que ya no puede salir de la base. Si tiene familia, despídase de ella por carta sin, como es lógico, especificar cuál es la misión en que va a tomar parte, ¿comprendido?

—Del todo, señor — repuso el joven.

Por la noche, en la soledad del dormitorio que le había sido asignado, Jasen meditó profundamente acerca del viaje que iba a emprender. No se le ocurrió pensar en los peligros que podía acarrearle, sino en la forma de llevarlo mejor a cabo.

Le pareció, por otra parte, sumamente improbable una guerra entre dos planetas. ¿A santo de qué un conflicto bélico? Ellos, los terrestres, no conocían a los habitantes del Planeta XII y, por la misma razón, éstos tampoco les conocían. Además ¿qué género de vida llevaban aquellos seres misteriosos, perdidos en las profundidades del espacio, en un lugar desde el cual el sol no podía parecer sino una más de las infinitas estrellas del Universo? ¿Cómo vivían sin luz y calor? ¿Qué era lo que hacían? ¿Cuál era su cultura? ¿Qué grado había alcanzado su civilización?

Sabiendo que era imposible contestarse a las preguntas que continuamente se formulaba «in mente», repasó una vez más la lista de tripulantes que habían

de formar la dotación de la «Medusa», que tal era el nombre que había recibido la nave cuyo mando le habían encomendado.

Los doce hombres eran:

> Peter Rauchin, segundo comandante, jefe de la artillería de a bordo.
>
> Juan Ramírez, tercer oficial, encargado de las comunicaciones y provisiones de todo género.
>
> Doctor Gianpiero Lucati, médico y biólogo de la expedición, una autoridad, además, en psiquiatría y psicóloga espacial.
>
> Profesor Martin Adams, astrónomo, geógrafo y cartógrafo.
>
> Doctor Eugéne Shandon, geólogo y químico.
>
> Capitán Shelto Warren, encargado de relaciones públicas y cronista, además, del viaje.
>
> Y luego siete nombres más, todos ellos pertenecientes a simples tripulantes, hábiles científicos y mecánicos todos, pero capaces, sin duda alguna cada uno de ellos, de manejar la nave, si era preciso: Jack Really, Tonio Salviati, Manuel Barbosa, Frederick von Hausser, Tom Munro, Ross Klaner y André Lamoure.

Un buen equipo, sin duda alguna, pensó el joven, unos momentos antes de dormirse profundamente. Un equipo completado por él y la chica, cuyo papel, pese a todas las afirmaciones del general, no acababa de ver muy claro. En algún momento tendría que obedecer sus instrucciones. ¿Acaso, se preguntó, frunciendo el ceño, iba a desempeñar el papel de comisario político a bordo de la nave? ¿Qué diablos podía hacer a bordo una mujer, joven y bella por añadidura, entre trece hombres? ¿No comprendían que aquello era una mecha encendida al lado de un barril de pólvora?

Con un definido propósito, que iba a llevar a cabo a la mañana siguiente, se durmió.

Su sueño fue tranquilo, desprovisto de pesadillas, como el sueño de un niño sano.

Ocho horas más tarde se despertó. Se vistió, desayunó y luego deambuló por el exterior. Nadie le puso el menor pero a sus paseos y durante un buen rato, a falta de otra cosa mejor que hacer, estuvo presenciando los despegues y aterrizajes de los aviones que sobrevolaban, a cotas espaciales, la base del S. S. C. Al cabo de un rato, consultó su reloj y, creyendo que ya había llegado la hora, se encaminó hacia determinada habitación, cuya situación había ubicado

con anterioridad.

Era ésta una barraquita de una sola planta, decorada exteriormente en blanco y azul, en cuya parte anterior se veía un minúsculo jardín, muy bien cuidado. Las ventanas estaban adornadas con unas alegres cortinillas estampadas, y Jason sonrió al pensar que sólo una mujer podía arreglar su hogar de la graciosa forma que la muchacha lo había hecho.

Atravesó el jardincillo, deteniéndose ante la puerta, cuyo pulsador oprimió. Un timbre sonó, pero nadie contestó a su llamada.

Extrañado, el joven frunció el ceño. Insistió, sin que nadie le contestara ahora tampoco. Se encogió de hombros, pensando en que acaso Tamara no se encontrase en casa, pero, cuando ya se disponía a retirarse, se dio cuenta de que la puerta no estaba cerrada.

Apoyó la mano en el pomo, presa su ánimo de una lógica vacilación. No sabía qué hacer y le desagradaba que la muchacha le considerase como un individuo grosero e incorrecto. Pero, por otra parte, la curiosidad le devoraba y este sentimiento acabó por vencer todos los demás escrúpulos.

Hizo girar el pomo y franqueó el umbral. Había un pequeño vestíbulo, en el que no se veía persona alguna. El vestíbulo tenía dos puertas, y Jason dudó acerca de cuál de las dos utilizar.

Vacilante, tratando de resolver su problema, levantó la voz.

—¡Señorita McDowan!

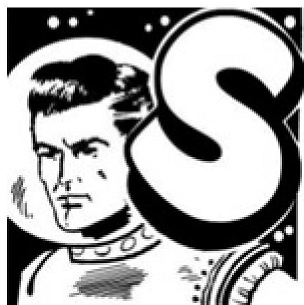
Silencio. Aquello empezó a preocupar al joven. No era lógico ni natural que el habitante de una barraca dejase la puerta abierta. ¿Qué le había sucedido a la joven?

Decidido a resolver de una vez sus dudas, avanzó, abriendo la puerta que tenía más próxima. Apenas lo había hecho, lanzó una exclamación.

—¡Dios mío!

En un segundo comprendió el joven los motivos del silencio de la dueña de la casa. Tamara estaba inerte, medio tendida en el suelo, medio apoyada en su lecho, quieta, en una actitud de absoluta inmovilidad.

CAPÍTULO III



IN poder contener una exclamación, Jason corrió hacia la muchacha, incorporándola de inmediato. La acostó en el lecho y tomó su muñeca, comprobando, con gran alivio por su parte, que el corazón le funcionaba normalmente.

Un somero examen le indicó que, exteriormente, Tamara no presentaba ninguna lesión. Su respiración era normal y toda su apariencia externa indicaba que debía de haber sido derribada sin lucha, sin duda por haber sido atacada por sorpresa.

La dejó en el lecho y pasó a otra habitación, en la que halló, en un aparadorcito, una botella de licor. Puso un poco en un vaso y volvió junto a la muchacha.

Sentándose al lado de ella, le pasó un brazo bajo los hombros, obligándola a incorporarse. Puso el borde del vaso entre sus labios y a la fuerza le obligó a abrirlos.

El líquido hizo toser y estornudar a la joven, que acabó por recobrar el conocimiento. Abrió los ojos y, durante unos segundos, miró de manera vaga y estúpida a Jason.

—¿Qué me ha ocurrido? ¿Por qué está usted aquí? — inquirió, con voz todavía no muy firme.

—La encontré en el suelo, desvanecida. ¿Qué le ha sucedido?

Ella le miró con los ojos muy abiertos. Jason, entonces, se dio cuenta de que todavía tenía el brazo en torno a sus hombros y, enrojeciendo, la soltó y se incorporó.

Para disimular su turbación, prendió un cigarrillo. Después de expulsar el humo, exclamó:

—¿Quién la atacó, señorita McDowan?

Ella sacudió la cabeza.

—No lo sé. No puedo contestar a esa pregunta. Lo único que recuerdo es

que alguien me golpeó, pero no pude verle la cara ni tampoco sé de nadie que haya entrado subrepticiamente en casa. De no ser por el dolor de cabeza que aún me queda, no podría decir ni aun eso.

—Déjeme que la mire — pidió él—. Podría estar herida...

—No — denegó la muchacha —; no es nada. Tengo un chichón en la nuca — y se pasó la mano por el lugar señalado—, pero, afortunadamente, tengo el suficiente cabello para ocultarlo. Ahora, por favor, ¿quiere pasar a la habitación inmediata y aguardarme allí?

Jason asintió. Hizo lo que le decía y quedó en una estancia que era mitad comedor, mitad cuarto de estar, examinando con hastiada expresión algunas revistas atrasadas. Consumió otro cigarrillo más, antes de que la joven regresara con una bandeja con servicio de café en las manos.

Tamara había restaurado con rápida habilidad los desperfectos que había causado en sus ropas el asalto de que había sido objeto. Ahora vestía un conspicuo «sweater» de color azul claro, que ponía de relieve sus bien delineadas formas, y unos pantalones obscuros, calzándose con unas blandas sandalias negras.

La muchacha sirvió café en las tazas. Alargó una a Jason y tomó otra en sus manos. Sorbió un poco de la caliente infusión y miró al joven.

—¿Y bien, coronel? ¿Cuál era el objeto de su visita?

—Simplemente, charlar un poco con usted, señorita McDowan. Estimo, no obstante, que éste no es el momento más adecuado...

—¿Por qué no? Me encuentro completamente restablecida.

—Debería llamar a un médico para sufrir un reconocimiento.

—No es preciso. Ello implicaría una serie de molestias que no estoy dispuesta a soportar. Me abrumarían a preguntas y total, para no sacar nada en limpio... porque yo misma no sé nada de lo sucedido, excepto que cuando me quise dar cuenta estaba frente a usted.

—¿Ha notado la falta de alguna cosa? Me refiero a documentos o cosa por el estilo.

Ella sacudió la cabeza.

—No he visto nada qué pueda justificar el asalto de que he sido objeto.

—¿A qué hora la golpearon?

Ella consultó su relojito de pulsera.

—Aproximadamente, hace unos cuarenta y cinco minutos.

—¡Hum! — arrugó la nariz el joven—. Demasiado poco tiempo para

registrar la casa, teniendo en cuenta que yo llevo ya en ella más de un cuarto de hora. ¿Qué diablos querrían esos tipos?

—¿Cómo sabe usted que fue más de uno? — repreguntó ella vivamente.

Jason la miró, muy sorprendido.

—No lo sé — dijo; fue una frase pronunciada quizá maquinalmente.

—Bien — exclamó la muchacha—, dejando esto a un lado, ¿qué es lo que le ha traído a usted hasta mi casa?

Un reactor pasó rapidísimamente, aullando estruendosamente. Cuando el ruido hubo cesado, Jason dijo:

—Tenía ganas de charlar un rato con usted. Acerca de la misión que nos ha sido confiada, naturalmente.

—¿Por qué?

—Es usted uno de los miembros de la tripulación de la «Medusa». Lo mismo que hago ahora, haré más adelante con los restantes. Me gusta conocer la opinión de las personas que voy a tener bajo mi mando y lo suelo hacer siempre que emprendo una misión, aunque ésta sea de rutina.

—Muy bien —asintió ella—: pregunte entonces lo que quiera.

—¿Cree usted en la existencia del duodécimo planeta?

—Sí. Según las informaciones científicas, ese mundo existe.

—¿Habitado?

—Al parecer.

—Según vimos en el «film», sus habitantes tienen, al menos exteriormente, la misma apariencia anatómica que nosotros.

—¿Esperaba usted, acaso, ver monstruos de fantasía, en lugar de personas normales? — preguntó ella, no sin ironía.

Jason no hizo caso del sarcasmo.

—Según las órdenes recibidas, nuestra misión es encontrar ese planeta. Con los convertidores integrales de masa, el radio de acción de nuestra nave es prácticamente ilimitado. Por lo tanto, podemos vagar por el espacio todo el tiempo que duren nuestros víveres, es decir, cinco años, más o menos, de cuyo plazo de tiempo es preciso descontar el invertido entre la ida y el regreso. ¿Opina usted factible que una sola nave, con una dotación de catorce personas, pueda evitar una supuesta guerra entre dos mundos?

—Tengo mis razones para creerlo así, coronel — repuso ella impávida.

—¿Y esas razones son...?

—Permítame, que me las reserve por ahora.

—No presta usted mucha colaboración que digamos— se quejó el joven.

—Recuerde que habrá momentos en que yo le dé órdenes a usted, coronel.

—Sí, pero ahora no nos hallamos en ese caso, señorita McDowan.

—De todas formas, insisto en callar. ¿Qué más?

Jason miró a la muchacha fijamente durante unos segundos, como si quisiera traspasar con la vista lo que había detrás de aquella despejada frente. Pero ella le sostuvo la mirada, sin la menor turbación en su lindo rostro.

—Debe de ser una existencia muy dura la de los habitantes del planeta XII, sin la luz y el calor del sol.

—Posiblemente han hallado el medio de proporcionársela por medios mecánicos.

—Acaso esos medios les estén fallando y, no queriendo extinguirse como raza humana, buscan el medio de venir a la Tierra, donde la luz y el calor son eternos.

Ella encogió los hombros.

—No lo sé. Para eso emprendemos nosotros el viaje.

—Sí — desde luego — murmuró él, descorazonado. Se puso en pie—. Bien, señorita McDowan. Si fuera un adulador, diría que he pasado un rato delicioso a su lado. Pero no me gusta mentir.

—Gracias por sus cuidados — dijo ella, sin variar su expresión de seriedad, cambiando de tema.

Y Jason, dándose cuenta de que allí no tenía otra cosa que hacer, se retiró, más defraudado que chasqueado.

Cuando regresó a su alojamiento, se encontró allí a dos personas, varones los dos y un poco más jóvenes que él. Los dos se presentaron.

—Mayor Rauchin, a sus órdenes, señor — dijo uno de ellos.

—Capitán Ramírez, a sus órdenes, señor — dijo el otro.

Jason sonrió, estrechándoles las manos.

—Siéntense, señores — dijo.—. Veré a ver si el anterior ocupante de mi barracón se olvidó alguna botella con licor. Confieso que no he tenido ocasión de preocuparme debidamente del asunto hospitalidad.

Volvió unos minutos más tarde con las manos vacías.

—Lo siento, señores —dijo—. No puedo ofrecerles otra cosa que

cigarrillos.

Fumaron. Después de las primeras bocanadas, Jason dijo:

—Les supongo informados de la misión que se nos ha encomendado, ¿no es así? Pues bien, quisiera saber cuál es su opinión. Díganla de un modo directo, sin ambages ni rodeos inútiles.

—Es una tontería— declaró vivamente el segundo de a bordo.

Jason miró al mayor Rauchin.

—¿Por qué?

Yo no creo en la existencia de un duodécimo planeta, señor.

—¿Le han pasado a usted cierto «film» considerado como supersecreto, mayor?

—Sí, señor. Y estimo que la nave abatida pertenece a la Unión Oriental.

—Recuerde — objetó el joven—, que ninguno de los proyectiles consiguió destruirla. Fue ella, por un medio automático, que desconocemos, la que se consumió a sí misma. Y no ha quedado el menor rastro de metal después del incendio que la devoró.

—Aun así, señor — siguió Rauchin tercamente —. Los orientales son listos y sus ingenieros no tienen nada que envidiar a los nuestros.

—Muy bien, mayor, ya sabemos cómo piensa usted. ¿Qué dice ahora el capitán Ramírez?

—La verdad, señor — contestó el interpelado, un joven de atezado rostro, más por las lámparas solares que por la ascendencia indígena—, no sé qué decir. Por una parte, me parece fantasía eso de que nos vaya a atacar un planeta. Pero, por otro lado, lo que usted dijo antes... hasta el papel deja pavesas cuando se quema... ¡y de esa nave no quedó absolutamente el menor rastro!

—Ni de los cuerpos de los tripulantes tampoco — asintió el joven—. Y si algo hay difícil de hacer desaparecer es un cuerpo humano por medio del fuego.

—Cuando éste es muy intenso... —empezó a decir Rauchin, pero Jason le interrumpió.

—Mayor — dijo—, ¿debo entender que usted es hombre que desaprueba la expedición que vamos a emprender?

El interpelado enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

—No, señor; soy hombre disciplinado y siempre acato las decisiones de mis superiores. Pero...

—¡Basta ya! —cortó Jason con sequedad—. Mayor, considérese usted relevado de su compromiso. No vendrá con nosotros en la «Medusa».

Los ojos de Ramírez se desorbitaron.

—¡Coronel! — exclamó Rauchin.

—Me buscaré otro segundo comandante — dijo el joven—. Puede retirarse; ya me las entenderé yo con el general Winning.

Rauchin se puso en pie, tomando su casquete. Saludó con una rígida inclinación de cabeza y luego se retiró, con aire terriblemente ofendido.

Jason quedó allí hablando con Ramírez, pero las consecuencias de dicho acto no se hicieron de esperar.

El visófono zumbó y cuando el joven hubo oprimido el botón de contacto, apareció en la pequeña pantalla la congestionada imagen de Winning.

—¡Coronel Koren! — aulló—. ¿Qué diablos ha hecho usted? ¿Qué autoridad tiene para desautorizar un nombramiento que yo he hecho en persona?

El joven no se dejó intimidar por el áspero tono de Winning.

—Señor — dijo serenamente—, el mayor Rauchin es un hombre que no me conviene para segundo comandante de la nave.

—Es capaz, inteligente y disciplinado, y lo suficientemente hábil para llevar a cabo su misión, si usted por cualquier causa llegara a faltar.

—Supongo que sí, pero no lo quiero a bordo de la «Medusa».

El rostro de Winning enrojeció aún más.

—¡Koren! — gritó—. ¿Se da cuenta de lo que está haciendo? Ésta es una grave falta de insubordinación, que no estoy dispuesto a tolerar, ¿me entiende?

—Perfectamente, señor. Estoy dispuesto a arrostrar las consecuencias e, incluso, a renunciar al mando de la nave, antes que llevar como segundo comandante al mayor Rauchin.

—Pero ¿por qué, si puede saberse?

—El mayor Rauchin es un hombre que no cree en la existencia del duodécimo planeta. Esto no es cosa de mayor importancia; no se le puede obligar a un hombre a que crea en una cosa en la cual no tiene la menor fe; incluso yo, personalmente, tengo mis dudas sobre el asunto. Ahora bien, lo que no puede tolerarse es que un hombre forme parte de la expedición por disciplina y no por convencimiento propio.

—El mayor Rauchin aceptó voluntariamente integrarse en la dotación de

la «Medusa», coronel.

—Por disciplina, señor — insistió Jason—. Hay muchas veces en que se le pregunta a un hombre si quiere ir voluntario a determinado sitio y no puede negarse. Éste es el caso del mayor Rauchin, a mi entender, y por ello le he desplazado de mi tripulación. Si no está contento con mi decisión, señor — agregó el joven—, puede destituirme.

Los ojos de Winning chispearon.

—Estudiaré el asunto, coronel. Mientras tanto, no puedo aprobar su modo de proceder, aunque, naturalmente, el nombramiento de Rauchin queda suspendido temporalmente. Después, ya veremos lo que se hace. Y entonces, coronel, usted acatará mi decisión o se atendrá a las consecuencias.

—Sí, señor — contestó el joven, un segundo antes de que la imagen del jefe del S. S. C. se esfumara totalmente de la pantalla.

—Mal asunto, señor — dijo el capitán Ramírez.

—¿Por qué? — se volvió Jason hacia su subordinado.

—El general no es hombre que acepte fácilmente que sus decisiones sean rectificadas. Estoy seguro de que sostendrá el nombramiento del mayor.

—Entonces — dijo el joven—, tendrán que buscarse otro comandante. Bien, capitán, dejemos este asunto a un lado. Mientras tanto, ¿por qué no vamos a echar un vistazo a la nave?

—A sus órdenes, señor.

Salieron de la barraca. Un «jeep» triciclo pasaba por allí y lo detuvieron, ordenándole al conductor que los llevara al terreno desde donde se había de efectuar el despegue.

Normalmente, los despegues de las naves interplanetarias se hacían desde las estaciones orbitales, pero en este caso y por obvias razones de seguridad, se había preferido que la «Medusa» emprendiese el vuelo desde la tierra misma. Un ejército de técnicos y mecánicos de todas clases pululaban en torno a la inmensa astronave, cuya estructura se alzaba a unos ciento cincuenta metros del suelo.

La «Medusa» era una nave cohete, de la forma convencional ahusada, con unos pequeños estabilizadores cerca de la popa, para aterrizaje planeado en astros con atmósfera si era preciso. Aunque era gruesa, de unos veinte metros, parecía, sin embargo, un afilado lápiz de plata en comparación con su enorme altura.

Con el fin de no insumir demasiado combustible en el despegue, llevaba adosados unos reactores suplementarios, en cruz, pegados a los extremos de las aletas de planeo, los cuales servirían para la etapa más penosa del

despegue, es decir, hasta haber sobrepasado las capas más densas de la atmósfera. Entonces se desprenderían de aquellos impulsores suplementarios, que funcionaban a base de energía química, con el fin de no contaminar la atmósfera, y el piloto automático pondría en funcionamiento la máquina nuclear del enorme ingenio, el cual aceleraría hasta situarse en la órbita que le llevarla a Titán, el satélite de Saturno, donde repostaría de combustible.

Durante un buen rato, Jason y Ramírez estuvieron estudiando los mecanismos interiores de la nave. Después, sintiéndose un tanto fatigados, acordaron dejar la revisión para el día siguiente y se acercaron a la torreta que circundaba la nave, emprendiendo el descenso en un montacargas.

Regresaron al campo-base. Pasaban por el lugar donde estaban los reactores que patrullaban constantemente el cielo, cuando, de pronto, vieron salir de un barracón un grupo de pilotos a todo correr, dirigiéndose velozmente hacia los aparatos.

—¿Qué diablos ocurre? Esto no es natural —exclamó Ramírez.

Un hombre pasó corriendo junto a ellos. Jason le detuvo, atrapándole al vuelo por un brazo.

—¿Qué es lo que sucede, teniente?

—Dispénseme, señor — jadeó el oficial—. Acabamos de recibir la alerta. Un aparato desconocido está sobrevolando el campo.

El teniente reanudó su carrera, dejando estupefactos a Jason y al capitán Ramírez. Pero, en aquel momento, una súbita idea se le ocurrió al joven.

Dejando a Ramírez clavado en el suelo, echó a correr hacia el puesto de mando de los aviadores. Atravesó una serie de estancias, repletas de aparatos detectores, en las cuales reinaba una frenética actividad y llegó como una tromba al despachó del coronel del grupo.

Lo conocía. Se trataba de un antiguo camarada de armas, que se levantó de un salto al verlo entrar.

—¡Diablos! ¡Si es Jason Koren en persona! ¿Qué es...?

—¡No tengo tiempo de darte explicaciones! — exclamó el joven —. Stan, quiero que me permitas utilizar uno de tus cazas.

—Pero... — exclamó el aludido, aturdido por la insólita petición.

—¡Pronto, no hay tiempo que perder! Tengo grandísimo interés en ver de cerca a esa nave misteriosa que vuela sobre nosotros.

—Está bien — accedió el otro —. Me va a costar un disgusto, pero...

—Te darán una medalla por esto — gritó el joven, echando a correr hacia la salida—. ¡Gracias, Stan!

CAPÍTULO IV



L aparato que Jason pilotaba era un biplaza, con navegante-radarista, capaz de rebasar los veinte mil kilómetros a la hora. Arrancó con una maniobra magistral, empinando verticalmente la proa al cielo y hendiendo la atmósfera con un agudísimo chillido, cuyas vibraciones quedaron bien pronto atrás al rebasar el avión la barrera del sonido.

En pocos minutos alcanzó el joven el lugar donde la atmósfera pierde su color azulado, transformándose en un magnificó violeta obscuro. Poco a poco fue acelerando hasta alcanzar los cinco mil a la hora.

Durante todo este tiempo, mantuvo el enlace con la base por medio de la radio. Por unos momentos, pareció como si los detectores de tierra hubieran perdido la pista al extraño artefacto, pero no tardaron en señalarle una posición en la que podía alcanzarlo.

El joven manejó los mandos, ascendiendo más todavía. Ahora su avión era un puro cohete, volando prácticamente en el vacío, dejando tras sí una brevísima estela de color naranja. Al mismo tiempo, inició un viraje de 180° tomando una dirección completamente, opuesta a la que hasta entonces había llevado.

El radarista le dio un aviso.

—Dos puntos a estribor — le señaló.

El joven consultó su propia pantalla de radar. El aparato llevaba dos, pero el piloto no siempre podía, ocupado con los mandos, consultar la suya, por lo que el navegante era el que le indicaba el rumbo. En el cuadrante vio un punto luminoso y corrigió el rumbo hasta centrarlo exactamente.

Llamó a la base.

—Tengo al aparato desconocido bajo detección. Aceleró para observarlo más de cerca.

Una irritada voz le llegó a través del auricular.

—¡Koren! ¿Quién diablos le dio permiso para hacer algo que no es de su

competencia?

—Creo que sí lo es, señor — dijo el joven, reconociendo la voz de Winning—. Y se lo explicaré más larde, cuando aterrice. Mientras tanto, permítame que me concentre en la persecución de este. UFO (2) — dicho lo cual, alargó la mano y cortó el contacto.

Subió la velocidad a siete mil. A treinta mil metros de distancia, la tierra parecía, sin embargo, casi inmóvil. Espesos bancos de nubes blancas corrían lentamente bajo ellos, brillando esplendorosamente bajo la luz del sol.

—Nos estamos acercando al UFO — dijo el observador.

—Bien, corríjame el rumbo si ve que me desvío.

El joven consultó su pantalla y movió ligeramente los mandos. Todavía no podía divisarse a simple vista aquel aparato, por lo que aumentó en dos mil kilómetros más la velocidad horaria. Entonces conectó el visor telescópico, orientándolo de acuerdo con la pantalla del radar.

No se extrañó de ver un disco idéntico al que aparecía en el «film». La falta de referencias, sin embargo, le hizo dudar acerca de su tamaño, a pesar de que le pareció observar más lucernas en su estructura superior. Aumentó a mil kilómetros más la velocidad.

Ahora ya pedía ver, sin necesidad de ayuda, un punto que chispeaba en el negro horizonte y que en modo alguno podía confundirse con alguna de las lejanas estrellas del cielo. Poco a poco fue acortando distancia hasta que, con una rapidez que casi le asombró, se colocó a la altura del disco volador.

Se quedó asombrado al ver el enorme tamaño del artefacto. En el que tenía delante podían caber hasta veinte como el que había visto en el «film» y cuyas dimensiones máximas, según las medidas tomadas por los expertos, no rebasaban los veinte metros. Pero éste que tenía ante sí alcanzaba lo menos cien de diámetro, por unos quince en su parte más gruesa.

El platillo parecía inmóvil. No se veían en él escapes de llamas que indicasen propulsión a reacción, pero una mirada al tablero le indicó que el aparato mantenía perfectamente, y sin esfuerzo aparente, su misma velocidad.

Le llamó por radio, intimándole al aterrizaje, sin obtener respuesta alguna.

—Dispárele, señor —dijo el radarista.

Jason sacudió la cabeza.

—No. Prefiero seguirle y ver qué hace.

Jason se dio cuenta de que hacía ya tiempo que habían abandonado el territorio de los Estados Unidos y sobrevolaban el Canadá, habiendo ascendido, mientras tanto, a unos cincuenta kilómetros sobre la superficie del planeta. Ahora ya estaban envueltos por la noche eterna del espacio y la

situación amenazaba prolongarse indefinidamente.

El joven manejó el aparato hasta situarse de tal modo que casi podía tocarlo con la punta del ala. Mientras tanto, el radarista, con una cámara portátil, tomaba vistas continuamente del extraño aparato, al otro lado de cuyas ventanillas no se divisaba persona alguna.

Jason tomó la determinación de disparar una andanada de previo aviso, pero antes de que pudiera hacerlo, el artefacto, con una rápida maniobra, tan imprevista que el joven no pudo evitarla, se le colocó en la misma proa, como si tratase de cerrarle el paso.

—¡Cuidado, señor! — exclamó el observador, aterrorizado—. ¡Nos vamos a estrellar!

Pero antes de que el joven pudiera desviar el rumbo, algo extraño sucedió. Dos hilos muy brillantes surgieron de ambos lados del platillo, encaminándose rectamente cada uno de ellos a los extremos de las alas. Los dos ocupantes del aparato notaron un breve estremecimiento.

—¡Nos están pescando! — gritó el radarista muy asombrado.

Tenía razón. Aquellos dos hilos eran sendos cables que tiraban del aparato con fuerza irresistible hacia el disco volador, en el cual acababa de abrirse una enorme compuerta, al otro lado de la cual no podía verse nada en absoluto.

Jason cortó el gas. Después, y aun a sabiendas de que su esfuerzo iba a ser perfectamente inútil, puso en funcionamiento los chorros inversos de freno, destinados únicamente para reducir el espacio del aterrizaje. A pesar de que les dio el máximo de impulsión, no consiguió el menor resultado y lenta, irresistiblemente, el aparato fue atraído hacia el interior de la inmensa nave.

—¿Nos cocinarán con aceite o mantequilla? — gimió el radarista en tono lúgubre.

—A lo mejor les gustamos crudos — repuso Jason—. Tenga su pistola prevenida, pero no la utilice a menos que sea absolutamente necesario. Opino que no nos va a suceder nada.

El radarista tragó saliva ruidosamente.

—¿Está seguro, señor?

—Por completo. Desconozco totalmente el armamento de esta nave, pero no creo alejarme mucho de la verdad si le digo que, de haberlo querido sus tripulantes, ya nos habrían destruido hace mucho tiempo. Bien, creo que ya hemos llegado al término de nuestro viaje.

La compuerta acababa de cerrarse, dejando sumido al aparato en una total obscuridad, que duró bien poco, sin embargo, porque el joven puso en funcionamiento las luces de aterrizaje. Después, pulsó el botón que abría la

cúpula y se deshizo de los atalajes.

—Salgamos fuera a ver qué ocurre.

—Esto no me gusta un pelo, señor — comentó el otro, imitándole.

Jason arrojó una mirada circular en torno suyo, Estaban en una gran cámara oblonga, cuyo tamaño era ligeramente superior al del aparato y en la cual no se veían puertas ni ventanas de ninguna clase.

Sin embargo, Jason tuvo la sensación de que le estaban espiando desde algún sitio, posiblemente por medios periscópicos, sin que ellos pudieran divisar la situación de los objetivos. No obstante, pensó, aquella situación no podía prolongarse mucho; no era presumible les sitiaran allí por hambre.

Bruscamente, las luces del aparato se apagaron, dejando sumida la estancia en unas negras tinieblas. El radarista lanzó un grito.

—¡Eh! ¿Qué es esto?

—Han debido interferir nuestros circuitos eléctricos— dijo Jason serenamente—. No se alarme, muchacho; esto no puede durar mucho.

El joven tenía razón. Apenas había hablado, cuando una claridad de nueva especie invadió el lugar. No parecía brotar de ningún punto y salía de todos a la vez, sin causar ninguna sombra ni dañar en absoluto a la vista.

Frente a ellos, un trozo del muro se volvió transparente, deslizándose luego a un lado.

—Vamos para allá — dijo el joven, entendiendo que les invitaban a franquear aquella puerta.

Se encontraron en una especie de corredor como ya conocía Jason, con una de sus paredes, la interior, completamente transparente. Los ojos asombrados de los dos terrestres pudieron ver, posiblemente los primeros en la historia de la humanidad, otros seres no nacidos en la Tierra, algunos de los cuales les observaban con innegable curiosidad, en tanto que otros parecían muy aplicados en el manejo del aparato. Si éste se movía o no por el espacio, era cosa que Jason no pudo dictaminar, dado que, aparte de que carecía del menor punto de referencia, no se sentía el menor movimiento ni tampoco trepidación o vibración de alguna clase.

Bruscamente, un hombre apareció ante ellos. Era alto, delgado, de noble aspecto y parecía contar con una edad terrestre de unos cuarenta y cinco años. Vestía una especie de chaquetón muy holgado, de tela muy suave y brillante, color marrón claro, y unos pantalones cortos que más parecían «slips» de baño. Pendiente del cuello por una correa translúcida, llevaba una cajita rectangular, parecida a una radio portátil, en uno de cuyos lados se veía un disco con rejilla, sin duda el altavoz de dicha radio. Un fino hilo partía de la misma a una de sus orejas y a Jason no le cupo la menor duda de que aquello

era un amplificador de sonidos.

El hombre les sonrió.

—Síganme, por favor. No teman, nadie les va a hacer el menor daño.

Jason ahogó una exclamación. Había visto mover los labios al hombre, pero su voz había salido de la cajita. ¿Sería ésta un traductor automático? Sus suposiciones le serían confirmadas más adelante, pero ahora, dominando su asombro, siguió al individuo hasta una pequeña estancia situada en la parte opuesta del lugar por donde habían entrado.

La cámara era de tamaño muy reducido y en ella había los muebles indispensables para una persona: una litera y una silla. El hombre tocó un botón y la puerta se cerró por sí misma.

Se volvió hacia ellos.

—Seguramente — dijo —, se estarán preguntando quién soy yo y dónde se encuentran. Mi nombre es Rhadis y pueden llamarme por él, sin ningún tratamiento. En cuanto al lugar en que se hallan, les diré que es una nave de exploración, sideral, perteneciente al planeta que ustedes consideran como el duodécimo del sistema solar.

»Nadie pretende hacerles el menor daño. Sé, antes de que ustedes me lo digan, que hace algún tiempo sucedió un desgraciado incidente entre dos naves de ambos planetas. El comandante de la nuestra derribó, sin orden alguna para ello, el avión terrestre. La reacción de vuestros, indudablemente, efectivos medios de defensa, castigó por nosotros tal acción, aunque es de lamentar, desde luego, la muerte, de unos cuantos inocentes que no eran responsables de las acciones de su jefe. De no haberlo hecho ustedes, nosotros habríamos sancionado con gran severidad aquella extralimitación. Pero no es para esto por lo que les he traído aquí para hablarles, sino para otra cosa muy distinta aunque, por supuesto, relacionada con tan desdichado incidente.

Rhadis hizo una pequeña pausa y prosiguió:

—Nuestros servicios de información nos han señalado los indicios suficientes para suponer que les terrestres están alistando una nave en misión de exploración con el fin de localizar nuestro planeta.

—Están muy bien enterados de lo que hacemos allá abajo — masculló Jason.

Rhadis sonrió.

—Tenemos medios para ello, coronel Koren. Por ejemplo, sabemos que usted va a ser el hombre que mande tal expedición y que, hablando neutralmente, no podía ser otro que usted. Esto nos ha indicado que la cosa va en serio.

—Nuestras intenciones, a ser posible, están llenas de paz y buena voluntad, Rhadis — dijo Jason.

—Lo sé, pero a nosotros no nos conviene que tal expedición se realice.

—¿Por qué?

—No queremos entablar relaciones con los terrestres.

Jason miró fijamente a su interlocutor.

—Algún motivo tendrán para ello.

—Sí, desde luego. Uno muy importante. Todavía no han conseguido desterrar de sus mentes la palabra guerra. Los terrestres son valientes, inteligentes...

—Muy amable — dijo irónicamente el joven.

—...astutos y sagaces, además de nobles y leales la mayor parte de las veces. Pero siempre queda un pequeño porcentaje de casos en los cuales todas esas cualidades desaparecen absorbidas por la codicia y el egoísmo, sentimientos que, ineludiblemente, conducen a conflictos y alteraciones violentos, los cuales, afortunadamente, están desterrados en nuestro planeta. Han de pasar muchos años antes de que ustedes hayan logrado suprimir de sus espíritus esas cosas y sólo entonces habrá llegado el momento de que los dos únicos mundos habitados del sistema solar entren en relaciones pacíficas, duraderas e irrompibles.

»Por lo tanto — prosiguió Rhadis—, me he visto obligado a secuestrar su nave, no con ánimo de dañarles a ustedes, sino de que me sirvan de mensajeros acerca de las autoridades terrestres. Podría enviarles un mensaje radiado, pero nadie me creería. Todo el mundo pensaría que se trataba de una broma pesada. En cambio, a ustedes sí les creerán. En el momento actual, sus detectores les han perdido la pista y, por lo tanto, les creen muertos, al igual que el infortunado capitán Maddox. Cuando vean que regresan, entonces sí que darán crédito al mensaje que yo les voy a encargar transmitan en nombre del pueblo que habita el Planeta XII.

Rhadis se interrumpió. Jason exclamó:

—Bien, ¿y cuál es el mensaje?

—Muy sencillo: Desistan ustedes de enviar su expedición. No intenten pasar más allá del Planeta XI o, de lo contrario, su nave será destruida sin apelación.

Jason respingó.

—Ésa es una amenaza muy fuerte, Rhadis. Y si algo hay que un terrestre libre rechace de todo corazón, es una amenaza.

—Lo sé, pero la mía es algo más que simple palabrería. No llegarán a nuestro planeta, coronel Koren, se lo aseguro.

—Transmitiré su mensaje a mis superiores, pero no puedo responderle en modo alguno de que me crean y que tomen en cuenta su mensaje.

—Una feliz coincidencia ha hecho que el piloto a quien deseábamos hablar fuera precisamente el que va a mandar la expedición. Creo que esto hará que usted hable con más sinceridad a sus superiores, coronel, apoyando, incluso, mis palabras con el fin de que tal misión no llegue a efectuarse.

—No puedo hacer otra cosa que repetir lo que usted me ha dicho, Rhadis. Mis comentarios de poco han de servir, si mis jefes deciden seguir adelante.

—¿Y usted sería capaz de mandar la expedición, sabiendo que se encamina al desastre?

—¿No lo haría usted, de hallarse en un caso similar? ¿Está usted obrando por cuenta propia, Rhadis? ¿No está obedeciendo unas órdenes determinadas?

Una imperceptible sonrisa apareció en los labios de Rhadis.

—Me ha cazado usted en mi propia trampa, coronel. Bien, después de lo dicho, no me queda ya nada por añadir.

—Creo que sí — le rectificó el joven—. Usted habló antes de un desgraciado incidente cuando se refirió a la muerte del capitán Maddox. Pero ¿qué me dice de nuestros puestos de avanzada situados en Titán? Parte de sus instalaciones han sido destruidas y algunos de los hombres allí destacados murieron. ¿Me va a decir también que esos individuos, todos ellos absolutamente desarmados — y el joven, al pronunciar estas palabras, las recalcó significativamente—, han tratado de atacarles? ¿Qué explicación lógica y congruente, que un hombre de espíritu medio pueda aceptar, da usted acerca de ese... incidente?

El asombro más absoluto se pintó en el rostro de Rhadis.

—Es la primera noticia que tengo de ello, coronel, se lo aseguro.

—Pues nosotros no hemos sido — gruñó el joven.

—Sabemos — continuó Rhadis —, que ustedes tienen puestos de avanzada diseminados por los distintos planetas del sistema solar. Pero fieles a nuestro espíritu de aislamiento, jamás hemos querido entrar en contacto con ninguno de ellos y, por supuesto, atacarlos en lo más mínimo. Si los terrestres han pensado que fuimos nosotros los causantes de tales desgracias, desde aquí rechazo categóricamente tal imputación.

Jason hizo una mueca.

—Usted parece ser persona incapaz de mentir, Rhadis — dijo—. Por lo tanto me veo obligado a creerle... advirtiéndole que mis superiores no harán lo

mismo.

—Es un error, un mayúsculo error, lo que ustedes pretenden, coronel. Su civilización no está lo suficientemente preparada aún para enfrentarse con el hecho de que haya otra en el mismo sistema. Han de pasar aún unos cientos de años antes de que las relaciones entre los dos mundos empiecen a ser algo más que simples elucubraciones de los Estados Mayores.

—No puedo decir nada a este respecto, Rhadis. Sólo sé que si, a pesar de todo, mis superiores deciden seguir adelante, yo iré, y que si me atacan, me defenderé.

Rhadis inclinó la cabeza.

—Le agradezco la franqueza, coronel. ¿Querría ahora echar un vistazo por aquí?

Jason volvió la vista hacia donde el extraño personaje le señalaba. Rhadis tocó un botón y al instante, todo un trozo del mamparo, de más de dos metros cuadrados, se tornó súbitamente transparente.

Jason respingó. Por un momento, le pareció verse en el vacío, sin la protección de la correspondiente escafandra. Pero luego supuso, y acertó, que, por algún medio para él desconocido, Rhadis había polarizado las moléculas del metal de que estaba hecho el mamparo. Suponiendo que realmente se tratase de un metal, contemplado desde el punto de vista terrestre.

Luego volvió a sobresaltarse. En el momento de ser capturados, se hallaban a unos cincuenta kilómetros de altura sobre la superficie del globo. Ahora, o de nada le servía su experiencia astronáutica, se hallaban a lo menos cinco mil kilómetros de distancia, habiéndola alcanzado sin que su cuerpo hubiera notado el menor efecto de la aceleración que había sido precisa para recorrer tal longitud en tan poco espacio de tiempo.

—Esta es una simple demostración de nuestra ciencia, coronel Koren —dijo Rhadis, oprimiendo otro botón y volviendo opaca la pared—. Aún podría enseñarle más cosas, pero me temo que él tiempo es para usted tan precioso como para nosotros.

—¿Quiere decir que nos devuelve, a nuestro avión?

Rhadis inclinó la cabeza graciosamente.

—Justamente, coronel.

Recorrieron el camino a la inversa. Posiblemente, Rhadis hubiera obrado de muy distinta manera si se hubiera dado cuenta de que Jason llevaba un encendedor, cuya construcción no parecía ser muy esmerada, a juzgar por las veces que tenía que manejarlo para encender un cigarrillo también muy reacio a la combustión. El mechero era una obra sin igual de la artesanía japonesa y contenía una minúscula cámara con microfilm, en la que registró el joven todo

cuanto de interés pudo hallar a su paso. No lo había llevado exprofeso, pues ni siquiera se le había pasado por la mente la idea de utilizarlo, sino que lo guardaba como curiosidad, desde que alguien se lo regalase como felicitación por su cumpleaños. Pero en aquel momento, Jason se alegraba enormemente del regalo y no pudo contener una sonrisa de satisfacción al pensar en los aullidos de sorpresa que las microfotografías iban a provocar en el general Winning y su Estado Mayor.

En la carlinga del aparato, se despidió de Rhadis.

—Y sobre todo — dijo—, no se olviden de investigar quién provocó los incidentes de Titán. Hasta ahora, nuestras autoridades les suponen a ustedes autores de ellos.

—Así lo haré — contestó gravemente Rhadis, despidiéndose del joven y su acompañante.

Un minuto más tarde, la compuerta se abría, proyectando el avión al espacio. A Jason no le sorprendió hallarse en aquellos momentos a menos de cincuenta mil metros de altura.

CAPÍTULO V



L general Winning dio un fuerte puñetazo sobre la mesa, haciendo revolotear todos los papeles que había sobre la misma.

—¡Eso es imposible! ¡No puedo creerlo, coronel Koren!

—Pues es verdad, señor. Y el radarista estaba a mi lado. Y, por si fuera poco, ahí tiene las fotografías que tomé y que yo mismo he revelado. ¿Qué, no me cree ahora, señor?

El general admitió:

—Le creo, Koren, pero sigue pareciéndome imposible. ¿Qué diablos de motivos pueden tener esos tipos para no querer entrar en relaciones con nosotros?

—Ya se lo dije antes, general. No puedo añadir una sola palabra más a la explicaciones que le he dado. El radarista...

Winning volvió a golpear la mesa.

—Sí — aulló—, ya lo sé. Ya me lo ha dicho cien veces. Su declaraciones coinciden, y si de la suya, queriendo hallar un motivo para no comandar la expedición y quedar bien, podría dudarse, de la del sargento Telwes no. El sargento es un hombre carente de imaginación, y, además, ignora completamente lo que estamos preparando. No podemos, pues, dudar de sus declaraciones que, repito, coinciden en un todo con la suya. Y luego, estas fotografías... Ha sido milagroso, Koren, milagroso que haya podido obtenerlas.

—Debieran concederle una medalla al amigo que me regaló el encendedor — sonrió el joven.

—Algo de eso — murmuró el general, abstraído en la contemplación de las cartulinas.

Durante unos minutos hubo una pausa de silencio en la estancia. Después, el joven se aventuró a exclamar:

—Señor, ¿puedo preguntarle qué es lo que va a hacer ahora?

—Naturalmente, ir a dar cuenta a mis superiores. Después de lo sucedido, pudieran producirse sustanciales modificaciones en el programa. Contábamos con alguna resistencia, una vez se encontrasen ustedes viajando por el espacio, pero lo qué no esperábamos en modo alguno es una intimación premonitoria. ¿Y dice que en cinco minutos alcanzaron los cinco mil kilómetros de altura?

—Quizá un par de ellos más, señor.

—Es igual, es igual — refunfuñó Winning—. En todo caso, eso demuestra que poseen una ciencia adelantadísima. ¡Santo Dios, cinco mil kilómetros en seis o siete minutos! Eso implica una velocidad de... de...

—No puede calcularse, señor, porque cuando yo me enteré, ya estábamos allí. Bien pudo suceder que el ascenso fuera de modo casi instantáneo, a una velocidad doble o triple, ya que ellos dominan el secreto de anular los efectos de la aceleración en el cuerpo humano.

—Sí, sí, eso pudiera ser. Cien, ciento veinte mil a la hora. ¡Señor, qué brutos!

Jason ahogó una sonrisa al escuchar las pintorescas interjecciones de su superior. Después, adoptando una expresión más apropiada, inquirió:

—Mientras que usted está ausente, señor, ¿qué hacemos nosotros?

Los ojos de Winning chispearon bajo el hirsuto vello de sus cejas.

—Seguir adelante con el alistamiento de la nave, por supuesto. Usted actuará como si nada hubiese sucedido.

—Si, señor, ¿Y... y el sargento Telwes?

—Será mudo como una tumba — graznó el coronel—. De eso se encargarán nuestros oficiales de seguridad.

—Bien, señor, puesto que ya lo sabe todo, permítame retirarme. Quisiera descansar y...

—Váyase; lo está necesitando. Gracias por todo, coronel.

Saludó al decir:

—A la orden, señor.

Pero aunque Jason realmente precisaba una noche de buen sueño, ausente de toda clase de preocupaciones, lo que menos buscaba en aquellos momentos era descansar. Poco tiempo llevaba en la base, pero ya sabía el camino que conducía al barracón que ocupaba la muchacha.

Tocó el timbre de la puerta y unos segundos más tarde, la esbelta silueta de Tamara se recortaba en obscuro contra la luz del interior.

La muchacha arqueó las cejas al reconocer a su visitante.

—¿Sí, coronel?

Él preguntó:

—¿Podría hablar con usted unos minutos, señorita?

Ella le miró un instante antes de dar su respuesta.

—La hora no es la más apropiada, coronel, pero, considerando en cierto modo que usted es mi jefe, trataré de complacerle. Pase usted, por favor.

—Gracias — repuso él, y entró.

Tamara le condujo hasta el «living», señalándole el diván. Preparó dos vasos con bebida y alargó uno al joven, sentándose ella en el brazo de un mullido sillón, con el suyo en la mano.

Jason tomó apenas un sorbo de la bebida. Después dejó el vaso sobre una mesita adyacente y empezó a hablar.

—Supongo que estoy violando un secreto profesional, pero, como usted ha dicho antes muy acertadamente, en cierto modo, está a mis órdenes, de modo que le contaré ciertas cosas hasta ahora solamente conocidas por muy pocas personas.

—Me intriga usted, coronel — dijo ella, con un leve tono de ironía que no pasó inadvertido al joven, sin embargo.

Pero Jason no hizo caso y en pocas palabras relató a la mujer lo que le había sucedido aquella tarde.

—Me deja usted pasmada, coronel —dijo ella, cuando Jason hubo terminado, con acento de todo lo contrario.

—Pues es la verdad — dijo el joven.

—No lo dudo..., aunque, sin embargo, no veo por qué ha de venir a contármelo a mí.

—Ese Rhadis nos prohibió la expedición, amenazando con destruir la astronave. ¿Insiste usted en seguir adelante, a pesar de todo?

—Antes de contestarle, coronel, permítame que le haga una pregunta: ¿le envía el general Winning, verdad?

—No; lo hago yo por mi cuenta.

—¿Ha formulado ya la misma pregunta a los restantes miembros de la dotación?

—¿Cómo voy a hacerlo si aún no conozco más que a dos de ellos, uno de los cuales, por cierto, no se sabe aún si va a venir o no con nosotros? Además por alguien tengo que empezar, ¿no?

Ella sonrió imperceptiblemente. Su fría calma exasperaba no poco al joven, el cual se las veía y se las deseaba para conservar el dominio de sus nervios.

—Muy bien, coronel. Entonces le diré que mi actitud depende, en última instancia, de la del general Winning.

—Esa no es una respuesta — murmuró él, amostazado.

—La única que puedo darle en los momentos actuales, coronel —dijo ella, impávida.

—Bien — exclamó Jason—: entonces pasemos a otro punto. Rhadis me dijo que tenían una perfecta información de cuanto sucedía aquí. ¿Qué opina usted del asunto?

—¿Yo? Será verdad. Cuando ese tipo lo dijo... Y, en ese caso, ¿de quién sospecharía usted, coronel?

Jason sonrió. Al fin habían llegado al punto deseado.

—¡De usted! — declaró enfáticamente.

Un momento permaneció ella mirándole fijamente. Después, echando la garganta hacia atrás, rompió a reír estruendosamente.

Con perfecta calma, Jason acabó su bebida y luego prendió un cigarrillo. Dejó que se extinguiese la hilaridad de la joven y luego sostuvo la airada mirada de la misma.

—La ascensión a una cota tan elevada ha afectado a su coeficiente de inteligencia, coronel— declaró ella, al cabo.

—Una manera demasiado metafórica de llamarme chiflado, señorita. Pero ¿y si le dijera que poseo las pruebas suficientes para acusarla a usted?

El rostro de la muchacha se puso serio bruscamente, en tanto que todo su cuerpo se envaraba.

—No le creería, coronel — dijo, y ahora Jason creyó advertir menos firmeza en la voz de su interlocutora.

Con lentos movimientos, Jason llevó la mano al bolsillo superior derecho de su camisa. Sonrió.

—Usted ha visto, como yo, los «films» donde se muestra el interior de una de esas astronaves extraterrestres. ¿Le gustaría contemplarse dentro de una de ellas?

Al mismo tiempo que hablaba, Jason arrojó una fotografía al centro de la mesita, a menos de medio metro de las manos de Tamara.

Ésta miró unos instantes al coronel y luego bajó la vista. Sus dedos,

orlados por puntiagudas uñas de color esmeralda, se apoderaron de la cartulina.

Durante unos segundos contempló en silencio la fotografía. Después volvió sus pupilas, de un color imposible de describir, hacia el coronel

—¿Cómo la obtuvo usted? — preguntó en tono muy bajo.

—El cómo es lo de menos. Lo interesante es que la tomé.

Sin la menor resistencia por parte de ella, Jason recobró la fotografía. Tanto la cámara como la película eran una maravilla y habían recogido en colores totalmente naturales, con absoluta fidelidad, las imágenes del interior de la cosmonave extraterrestre. En la reproducción, se advertía la silueta de una mujer, joven y esbelta, la cual, si no miraba a la cámara, se advertía claramente el notorio parecido que tenía con Tamara, parecido que quedaba muy acentuado por el color de sus cabellos.

—Bien, ¿y qué me dice usted? — inquirió Jason, guardándose la fotografía —. No tema, no diré nada. Hasta ahora, sólo usted y yo lo sabemos. Insistí en revelar personalmente la película, guardándome esta prueba para mí. Tengo también el negativo y si usted quiere, destruiremos las dos cosas. Pero antes de hacerlo, exijo que me lo cuente usted todo. Absolutamente todo, ¿me entiende?

—Deme un cigarrillo — dijo Tamara con voz ronca, y Jason accedió.

Cuando lo hubo encendido, ella se puso en pie.

—Está bien —declaró al cabo, después de haberse dado unos paseos a través de la estancia—. Ésa que se ve en la fotografía soy yo.

—Bueno — resopló el joven—: ahora es cuando no me lo creo.

Tamara se inclinó agresivamente hacia él.

—¿Por qué no ha de creerlo?

—Se me hace muy cuesta arriba. En primer lugar, ¿cómo diablos ha conseguido llegar hasta la cosmonave? ¿Tiene usted alas, acaso?

—No, pero vinieron a buscarme, a fin de que les rindiera mi informe.

—¿Que... la vinieron a buscar?

Ella afirmó con la cabeza.

—Sí. Una de sus naves auxiliares, Idéntica en un todo a la que destruyó el aparato del capitán Maddox vino a por mí. Aterrizó ahí enfrente, a pocos pasos del jardín. Y luego me devolvió por el mismo procedimiento.

Jason se sujetó la cabeza con las manos.

—Si las cosas siguen así, me voy a volver loco. Tamara, por favor, ¿cómo

espera que me crea tal cosa? ¿Es que nadie de los que están aquí, y hay decenas de miles de personas, vio aterrizar el disco volador? ¿Se quedaron todos ciegos de repente?

—Algo hay de eso — contestó ella, sonriendo suavemente —. El piloto de la nave puso en marcha un aparato que, al mismo tiempo que rechaza toda onda detectora, causa su invisibilidad. Pero yo estaba advertida ya de su llegada, de modo que pude introducirme en la nave sin ninguna dificultad. Usted ya sabe que pueden alcanzar velocidades grandísimas sin que se noten, porque se anulan por completo los perniciosos efectos de la aceleración, de forma que, casi instantáneamente, nos encontramos en el espacio. Pasé a bordo de la nave grande, por otra escotilla distinta a la que usted utilizó, y, una vez hube rendido informe, me devolvieron de nuevo a tierra. Eso es todo, coronel.

Jason miró a la muchacha boquiabierto mientras hablaba. Y en igual actitud continuaba al terminar. Ella le arrancó de aquel éxtasis pidiéndole un segundo cigarrillo.

—Yo también necesito otro — rezongó el joven, encendiendo ambos con mano no muy firme.

Tamara expulsó el humo.

—Bien — dijo—: ahora que ya lo sabe todo, ¿qué piensa hacer usted, coronel?

El joven se puso en pie y echó a andar, paseándose muy nervioso por la estancia.

—No lo sé —dijo, casi gritando—. No lo sé. Si se lo dijera al general Winning... Bien, no me creería. Diría que la fotografía es amañada..., que lo hice por no llevarla a usted conmigo en la «Medusa», qué sé yo... Y, como además, yo mismo insistí en revelar personalmente la película, pues...

—Bueno —dijo la muchacha—: hay una solución: guarde silencio y no diga nada.

Jason la miró con el ceño fruncido.

—Pero usted es nacida en el Planeta XII — dijo.

—Eso es algo que no pude evitar. No me lo consultaron— rió la joven, la cual, acto seguido, añadió, con bastante coquetería—: ¿Tan distinta me encuentra usted de las mujeres terrestres?

Jason recorrió con innegable admiración las finas líneas de aquel esbeltísimo cuerpo, puestas de relieve por la ajustada ropa que vestía la muchacha, y luego miró de frente aquellos enormes ojazos, cuyas pupilas fosforecían de un modo singular.

—Sí — murmuró—, muy distinta. Superior a todas ellas, Tamara.

Ella se echó a reír.

—Muchas gracias, coronel. Es lo mejor que me han dicho desde que estoy aquí, entre ustedes.

—¡Dios santo! — exclamó Jason—. Una espía del Planeta XII entre nosotros.

—La palabra espía me disgusta, coronel.

—Entonces ¿qué es lo que está haciendo?

—Por ahora no puedo darle más explicaciones Sólo quisiera — añadió Tamara — su confianza.

—¿Cómo puedo tenerla, si Rhadis me anunció que nuestra nave sería destruida? Y usted estuvo con él, no me lo niegue — gruñó el joven de mal talante.

—Por favor, coronel, le repito que debe tener confianza en mí. ¿No la tiene el general?

—Sí, pero él no sabe quién es usted.

—Oh, claro, claro. De todas formas, usted no debe temer nada de mí, Jason. Le aseguro que mi presencia a bordo no servirá para entorpecer el vuelo de la «Medusa», sino, antes bien, para ayudarles a alcanzar su objetivo. ¿Quiere que se lo jure?

—Tendré que aceptar su palabra — dijo él, de mal humor todavía.

—Gracias — exclamó ella, radiante—. Sabía que lo haría usted así, Jason. Y ahora, para sellar nuestra amistad, iré a preparar la cena. ¿Cómo la quiere... terrestre... o al estilo de mi país? Puedo hacer ambas minutas.

Jason hizo una mueca.

Dijo sonriendo:

—Convendría que me la preparase como en su planeta, Tamara. Así me iré acostumbrando a sus minutas.

Ella soltó una argentina carcajada.

Respondió:

—Es usted maravilloso, Jason. Le aseguro que en mi país se van a quedar encantados con usted y su simpatía.

Jason se quedó un tanto chasqueado, si pensaba probar nuevos manjares. Lo más diferente que encontró de las comidas terrestres fue una especie de jalea de color verde oscuro, de un sabor dulce muy concentrado, mas no por ello empalagoso, pero que le infundió un vigor y una energía extraordinarios.

Al probarla, ella dijo:

—La traje esta tarde de allá arriba. Es nuestro alimento de emergencia y se puede comer todo cuanto se quiera sin peligro de indigestiones ni acidez de estómago. A partir de una determinada cantidad, ya no surte efecto alguno alimenticio. Podría estar comiendo usted una hora seguida de esa jalea sin que sintiese el menor trastorno estomacal y, por otra parte, con unos cien gramos, tiene usted suficiente para dos comidas, quedando tan bien nutrido como si se hubiera tomado en cada una de ellas medio kilo de filetes a la plancha. ¿Lo encuentra bueno?

Jason hizo un gesto de asentimiento.

Admitió:

—Desde luego, es bueno. Tendría que dar usted la fórmula a nuestros especialistas en dietética. O, mejor dicho, patentarla. Se haría de oro en pocos meses.

Ella rió.

—No vine a la Tierra precisamente para enriquecerme, Jason.

Después de cenar, el joven se retiró a su dormitorio, y, pensando en la serie de cosas tan extraordinarias que le habían sucedido, se durmió profundamente.

Pasaron varios días antes de que el general Winning le llamara a su despacho.

—No hay variación alguna en el plan de marcha, coronel — le espetó apenas le echó la vista encima —. Partirán ustedes en el día y a la hora previstos, sin un solo segundo de retraso.

Dio su conformidad.

—Me alegro de ello, señor. ¿Llevaremos armamento suplementario?

—No. Con el que tienen es más que suficiente, pero no deberán utilizarlo a menos que sea totalmente necesario. Deberán agotar todos los medios persuasorios para evitar el combate antes de entablarlo.

—Sí, señor. Y ahora ¿puedo hacerle una pregunta, señor?

—Hágala, coronel.

—Se trata del mayor Rauchin, señor.

—El mayor Rauchin sigue siendo el segundo comandante de la «Medusa». ¿Algo más, Koren?

El joven se mordió los labios.

En circunstancias ordinarias hubiera mandado al diablo la expedición, por

no estar muy seguro de sus fines. Pero ahora era ya todo muy distinto y sabía positivamente de la existencia del duodécimo planeta. Lo quisiera o no, tendría que «disfrutar» de la compañía de Rauchin durante una larga temporada. Sin embargo, él sabía manejar a los hombres y pondría al mayor en el lugar que le correspondía. —Sí, señor — acabó por decir.

Tres meses más tarde la «Medusa» se disponía a aterrizar sobre una extensa planicie cubierta de metano helado, en Titán.

CAPÍTULO VI



TERRIZAR en Titán es fácil para un mediano piloto y Jason era de los buenos. La gravedad en el mayor de los satélites de Saturno es ligeramente superior a la de la Luna, por lo que la maniobra se realizó con suma facilidad. Aprovechándose de la natural disminución de peso sufrida por la nave, Jason lo hizo como si fuera un avión corriente, con el fin de facilitar el ascenso y descenso del mismo a sus tripulantes.

Cuando los chorros se hubieron apagado, ordenó soltarse las correas. Después añadió:

—Capitán Ramírez, Klaner, Salviati, dispónganse para salir al exterior. Mayor Rauchin, durante mi ausencia, usted quedará al mando de la nave. Terminado.

Se levantó del asiento y se dirigió a la sala donde se equiparía con la escafandra espacial. A punto de entrar en ella, Tamara le alcanzó.

—Me gustaría ir con ustedes, Jason — dijo la muchacha.

—Muy bien, no tengo nada que objetar. Vístase pronto; ese silencio de la estación me está inquietando bastante.

—Opino lo mismo — dijo ella, en tanto un par de tripulantes les ayudaban a embutirse en los incómodos trajes espaciales.

Cuando estuvieron vestidos del todo, se encasquetaron las escafandras. Comprobaron el funcionamiento del aparato respirador y del productor de calor, después de lo cual se ciñeron cada uno un cinturón con una pistola de muelle, capaz de lanzar un dardo, en gravedad normal, a doscientos metros de distancia. En el vacío era preferible llevar armas como aquéllas, aunque el joven confiaba no tener que utilizarlas.

Llegaron a la esclusa. Ramírez y los otros dos tripulantes estaban ya allí, debidamente equipados. Pasaron al interior y la compuerta se cerró. Inmediatamente, las bombas empezaron a extraer el aire y cuando el vacío se hubo hecho en la esclusa, la compuerta exterior se abrió automáticamente.

Salviati desplegó una escalerilla metálica, por la que descendieron. El

metano helado crujió bajo sus pies.

Por unos segundos, Jason se quedó contemplando el esplendente panorama que tenía ante sí. A su izquierda se veía una larga cadena de aguzados picos montañosos, emergiendo en negro de la blancura del gas helado, brillando algunas de sus aristas a la luz refleja de Saturno, que alzaba su enorme disco a un millón doscientos mil kilómetros de distancia. El resto del lugar era una gran llanura, casi tan lisa como la palma de la mano, en cuyo centro se advertía una solución de continuidad, en forma de manchas oscuras, de no muy regular construcción.

—¿Qué les habrá podido ocurrir? — preguntó la muchacha.

—Eso es lo que vamos a ver ahora. Es raro que no hayan contestado a ninguna de nuestras llamadas.

—Esto no me gusta un pelo, señor — dijo el capitán Ramírez, oprimiendo nerviosamente la culata de su pistola.

El paisaje era maravilloso, pero, en la coyuntura actual, resultaba altamente depresor.

Avanzaron, haciendo crujir el metano helado bajo las gruesas suelas de sus botas. La temperatura era de 150° bajo cero por lo menos, pero la calefacción de los trajes mantenía el interior de los mismos en unos cómodos 20° sobre cero. Jason había aterrizado, con el fin de evitar desagradables incidentes, a un par de kilómetros de la estación y el recorrerlos les consumió un cuarto de hora bien contado.

A unos cincuenta metros del primer barracón se detuvieron. No se veía en las edificaciones la menor señal de vida. Todo aparecía muerto y silencioso.

Jason había estado una vez en la estación y conservaba aún un vago recuerdo de su estructura. Echaba algo a faltar, pero no sabía de qué se trataba en aquel momento.

Forzando desesperadamente la memoria, consiguió hallarlo. ¡Las torres de transmisiones y detección!

—¡Mire, coronel! —exclamó Klaner—. Las torres están en el suelo.

Corrieron hacia allí. La armazón metálica estaba doblada y retorcida sobre sí misma, y en algunos lugares rota violentamente. Los discos de las pantallas de radar aparecían abollados y completamente fuera de uso.

—Las volaron — dijo Ramírez, arrodillado al lado de uno de los basamentos.

Jason estudió minuciosamente el lugar de la voladura. No cabía la menor duda de que, fueran quienes fueran los misteriosos atacantes de la estación, habían sabido realizar su trabajo a conciencia.

—Y no hace mucho tiempo, además — comentó Salviati—. Recuerdo que bastante después de nuestro paso por Júpiter todavía nos comunicábamos con ellos.

Jason asintió, pero antes de que tuviera tiempo de hablar, un agudo alarido hendió sus tímpanos. Como el sonido no llegaba a sus oídos por el medio normal de un aire transmisor de las vibraciones, durante unos segundos permaneció indeciso, sin saber de qué dirección había llegado el grito.

Súbitamente, una silueta apareció en la esquina de una de las barracas. Cada una de las escafandras tenía un color distinto y el verde esmeralda de la de Tamara era fácil de distinguir.

Jason corrió hacia la muchacha, la cual, con la mano extendida, retrocedía, señalando algo que Jason no podía ver desde la posición en que se hallaba, oculto por la estructura del barracón.

Los demás acudieron también, dando enormes zancadas. Al doblar la esquina, Jason divisó algo que le hizo estremecerse de horror.

Había dos cuerpos humanos tendidos en el suelo, rígidos, helados, con los dedos agarrotados por el terrible frío sideral. Sus rostros, a través del cuerpo de sus escafandras, mostraban la deformidad que en ellos había causado la terrible agonía que habían sufrido antes de morir.

Dominando el sentimiento de repulsión que se había apoderado de su espíritu, Jason se arrodilló al lado de uno de los cuerpos tendidos sobre el gas congelado, tratando de averiguar las causas de su muerte. No tardó mucho en saberlo.

Alguien, perteneciente sin duda al grupo asaltante, se había entretenido, con un sadismo refinado, en tajear los trajes de vacío, provocando con ello el escape del aire a presión contenido en los mismos y la penetración del frío estelar. La muerte de aquellos dos desdichados debía de haber sido horrible.

Se levantó, mortalmente pálido.

—Alguien lo hizo y no descansaré hasta vengar estas muertes — juró.

A su lado, Tamara estaba aún estremecida por el espanto. Permanecieron unos minutos más allí y luego, saliendo del horror en que habían caído, penetraron en el barracón, cuya esclusa de descompresión aparecía abierta de par en par.

El interior del edificio era un completo revoltijo de muebles, ropas y utensilios. Los asaltantes habían obrado con una crueldad y un ensañamiento sin límites, destrozando todo cuanto habían hallado a su paso. En una de las estancias se hallaba el depósito de víveres, que había sido saqueado de la misma forma que si una horda de salvajes hubiera pasado por aquel lugar, convirtiéndolo en un caos de muerte y destrucción.

En los barracones inmediatos, todos los aparatos de transmisión y detección aparecían volados por la acción de potentes cargas explosivas. El grupo generador de energía eléctrica aparecía también destrozado; y esto fue lo que más alarmó al joven, a punto de estallar, pues era del tipo nuclear y la mayoría de los elementos moderadores de la fisión atómica habían sido destruidos también.

—Debemos irnos cuanto antes de aquí — exclamó—. Ya no podemos hacer nada por estos desdichados y corremos el riesgo de que la pila nuclear, al estallar, nos alcance a nosotros.

—Lo cual quiere decir, capitán, que no hace mucho tiempo que los atacantes han pasado por estos parajes — dijo Ramírez.

—Desde luego. Pero vámonos; desgraciadamente aquí ya no podemos hacer nada.

—¿Y si enviáramos un mensaje relatando todo lo sucedido? — sugirió la muchacha.

—Lo haremos desde la nave. Ramírez se encargará de redactar el informe. ¡Andando!

Regresaron a la nave y una vez en su interior se aprestaron para el despegue, que se realizó a los pocos minutos. A pesar de su enorme volumen, la «Medusa» era un aparato de gran maniobrabilidad, y el joven la hizo describir un círculo en torno a la estación, a varios miles de metros de altura.

Permaneció así durante diez minutos. Súbitamente, un enorme chorro de fuego subió a la altura, seguido de una densa nube de humo negro que se esparció rápidamente en el vacío. Cuando todo se hubo despejado, sólo quedó un enorme cráter, de siniestro aspecto, en el lugar donde antes se hallaba la estación.

A continuación, Jason hizo girar a la nave en torno al satélite. Tamara le preguntó a qué se debía la no reanudación inmediata del viaje.

—En primer lugar, como el mensaje ha de ser transmitido por haces de ondas direccionales, debo colocar a la «Medusa» en la posición más conveniente para emitirlo. Después, y esto es tan importante como lo otro, o más si cabe, quiero echar un vistazo al lado opuesto. También los orientales tienen otra estación, que yo sepa.

Pocas horas más tarde sobrevolaban el lugar donde se hallaba la estación de la Unión Oriental. El paisaje era casi idéntico al que había visto, ya que los constructores se habían basado en normas similares para levantar sus edificios.

Nadie contestó a sus llamadas. Ramírez, por encargo de Jasen, insistió una y otra vez, hasta que el joven se hubo convencido de que allí no había

nadie vivo.

Aterrizaremos para investigar — dijo—. Pero antes detectaremos el terreno, con el fin de saber si hay escape de radiaciones. En el otro lado las había, aunque estuvimos poco tiempo.

Enviaron un Geiger suspendido de un cable, el cual transmitía los impulsos de las lámparas catódicas del instrumento. Éste no registró radiación alguna anormal, fuera de algunas descargas de rayos cósmicos solares, notablemente debilitados sus efectos por la distancia

En vista de que no había peligro, Jason se dispuso para la maniobra. En el momento que daba la última vuelta sobre el terreno elegido, Rauchin, que iba de observador a su lado, lanzó un grito:

—Veo alguien que se mueve, coronel.

El mayor tenía el rostro sumergido en una especie de máscara que, ciñéndole exactamente las facciones, impedía que sus ojos fueran influenciados por otra luz que no fuera la captada por el telescopio a través de cuyas lentes estaba efectuando sus observaciones.

—¿Hacia dónde? — preguntó el joven.

—En el extremo norte del conjunto de barracones, ateniéndonos a la dirección de nuestro vuelo.

—¿Cuántos?

—Uno, señor. Lleva en la mano una especie de linterna eléctrica, con la cual nos hace señales.

—Bien, Rauchin. ¡Ramírez!

—A la orden, señor.

—Lance un mensaje por óptica. Dígale a ese hombre que ahora nos disponemos a aterrizar.

—Si, señor.

Rugiendo por todos sus chorros de escape, la nave realizó a baja altura una rapidísima pasada sobre la estación oriental. Después Jason la hizo tomar un poco de altura, al mismo tiempo que ejecutaba una virada de 180°. Luego quitó fuerza a los chorros.

Con perfecta suavidad, la «Medusa» tocó el helado suelo de Titán. Los chorros inversores terminaron de reducir su marcha y el enorme aparato, al fin, acabó por detenerse a un centenar escaso de metros de la estación.

Entonces el capitán Ramírez lanzó un grito:

—¡Mire, capitán! ¡El hombre corre hacia aquí! ¡Pero le está sucediendo

algo!

Jason miró a través de las ventanillas de la cabina. Una negra silueta corría hacia ellos, cayéndose con frecuencia y levantándose, aunque cada vez con más esfuerzo.

—¡A ese hombre le pasa algo!

Jason tomó el micrófono.

—¡Equipo de salvamento, a la esclusa número dos inmediatamente!

Tres hombres corrieron a equiparse con los trajes de vacío. Parte de los demás ocupantes de la nave les ayudaron a ponerse las escafandras, después de lo cual los tres individuos se dirigieron a la esclusa.

El hombre que corría por el exterior había terminado por caer al suelo, en donde quedó inmóvil. Alguna vez se estremecía, pero estos movimientos fueron cesando también.

El equipo de salvamento saltó a tierra. Obrando con perfecta sincronización de todos y cada uno de sus movimientos, sus miembros corrieron hacia el caído, tomándolo en brazos y regresando con él a la nave en un tiempo excepcionalmente breve.

El doctor Lucati aguardaba ya al lado de la esclusa. Apenas los miembros del equipo hubieron franqueado la compuerta, el médico se hizo cargo del salvado.

El rostro de éste aparecía azul por la falta de aire y, posiblemente, también por avería en el equipo calorífero de su traje. Lucati, después de desnudarle y comprobar que aún vivía, ordenó fuera llevado a su cámara, donde había, además, una litera, para casos similares.

Un cuarto de hora más tarde, el médico llamó al comandante de la nave.

—Coronel, ¿quiere venir a mi cámara?

—¿Cómo está ese hombre? — preguntó Jason a través del intercom.

—Perfectamente. llegamos justamente a tiempo para salvarle. Padecía un principio de asfixia, del cual ya se ha recuperado.

—Bien, ahora voy.

Tamara le salió al encuentro.

—¿Le importa que le acompañe, Jason?

—Desde luego. Venga conmigo.

Los dos se dirigieron hacia el botiquín, penetrando en el mismo. En una de las dos literas, cubierto por una sábana, se hallaba un hombre, recostado en un par de gruesos almohadones de espuma.

Jason lo estudió durante unos segundes. El salvado era un joven, de unos treinta años y de agradable aspecto, pese a una ligera prominencia de sus pómulos, que delataba claramente su ascendencia oriental.

El joven se presentó.

—Coronel Koren, comandante de la nave «Medusa», de la Federación Occidental, en misión especial.

—Encantado de conocerle, coronel. Soy el capitán Linov, subjefe de la estación. ¿Me permitirá que le exprese mi más sincero agradecimiento por el salvamento de mi vida y subsiguientes atenciones que han tenido conmigo?

—Hemos hecho exactamente lo mismo que usted hubiera hecho por cualquiera de nosotros, capitán Linov. Doctor — se volvió hacia el médico—, ¿está su paciente en condiciones de hablar?

—Y hasta de comerse un par de buenos filetes, si le apetece — rió el médico—. Se ha recuperado muy pronto de su «shock».

—Gracias. —Y luego, dirigiéndose al convaleciente, le dijo —: Capitán Linov, le agradecería nos relatase lo que le ha sucedido.

El rostro del oriental se ensombreció.

—En realidad, es muy poco lo que tengo que contar, coronel. Lo único que sé es que yo estaba fuera de la estación cuando ésta debió de ser atacada. El jefe de la misma me había reprendido en numerosas ocasiones por mi afición a las excursiones en busca de minerales raros (era el geólogo de la estación). Sobre todo por salir solo, que es antirreglamentario, como usted sabe. De todas formas, esta manía es la que me salvó la vida, porque, al regresar, me encontré la estación arrasada y a todos mis compañeros muertos. La destrucción ha sido tal, pese a que los edificios aparezcan intactos, que no pude siquiera encontrar un tubo de repuesto de oxígeno para mi escafandra. Mi ausencia de la base había durado varias horas, más otras tantas que transcurrieron desde entonces, de modo que cuando avisté a su aparato estaba ya a punto de morir. Por un momento temí que no vieran las señales de mi linterna, pero luego...

Linov calló un momento. Después exclamó:

—Coronel Koren, ¿qué ha sucedido? ¿Por qué esa destrucción tan absoluta? Están derruidos todos los postes transmisores..., hasta los depósitos de víveres han sido volados con algo más potente que la dinamita. ¿Es que... la Federación y la Unión están en guerra... y yo soy ahora su prisionero?

Jason movió lentamente la cabeza.

Explicó:

—No, capitán, no es usted nuestro prisionero, sino nuestro huésped.

También la estación de la Federación ha sido destruida y totalmente, porque incluso ha estallado la pila atómica que le suministraba energía.

Los ojos de Linov se dilataron desmesuradamente por el asombro.

Preguntó:

—¡Dios mío! ¿Qué ocurre, pues?

—Las noticias no son muy buenas, capitán. Tenemos indicios fundados para sospechar que hay gente de otro planeta empeñada en hacernos la guerra a los terrestres.

El médico soltó un taco. Hasta el momento actual, Jason no había dicho a nadie una sola palabra de la misión que tenía encomendada y aquélla era la primera noticia que recibían sobre el particular. Linov casi estuvo a punto de tirarse de la cama a causa de la enorme sorpresa recibida.

—¡Hombres de otro planeta! —exclamó—. Coronel, pero eso..., eso es...

Lucati miró a Jason, con expresión dubitativa; El joven sonrió.

—No. no me tome por loco, doctor. Lo que ha oído es la pura verdad y la señorita McDowan podrá confirmárselo.

—Luego entonces — exclamó Linov — no fueron los hombres de la Federación los que nos atacaron hace unos meses.

—No, porque también nuestro puesto resultó parcialmente destruido por los mismos que ahora han conseguido plenamente sus criminales deseos.

—Pero ¿con qué objeto...?

El megáfono de la cámara soltó bruscamente un aullido metálico.

—Coronel, habla el tripulante Munro, de servicio en el radar. Acabo de señalar un contacto. Dos naves extrañas se dirigen hacia este lugar.

CAPÍTULO VII



ARECÍA que iba a ser breve la estancia de la «Medusa» en Titán. Apenas hubo recibido la comunicación del radarista, Jason tomó su decisión.

Pidió que le fuera conectado el teléfono del médico con la red general y, apenas lo hubieron hecho, ordenó:

—¡Preparación para despegue rápido! ¡Todo el mundo a sus puestos! ¡Artilleros, a las torretas de lanzamiento!

Después se volvió hacia los presentes.

—Tamara, vaya a su sitio y sujétese bien en el asiento. Doctor, ¿cree que el capitán Linov está en condiciones de levantarse?

—Debería permanecer un par de días más en cama, pero en las circunstancias actuales, puede ocupar un sillón antiaceleratorio.

—Muy bien, pues —repuso el joven—; lo dejo a su cargo. Capitán, nos veremos más tarde.

—Sí, coronel.

El joven echó a correr hacia su puesto de pilotaje. Rauchin era un buen oficial y ya estaba calentando los chorros, en tanto que Ramírez se encargaba de la detección.

Jason arrojó una mirada sobre las pantallas de radar. Recordando lo que le hablara Tamara varios meses antes, se extrañó de que las naves enemigas se acercaran sin utilizar sus medios de antidetección. Pero no tenía tiempo de pensar mucho sobre el particular.

—Todavía no están al alcance del telescopio, señor — dijo el tercer oficial.

—¿Piensa atacarles, coronel? — inquirió Rauchin.

—No, si ellos no me obligan. Ahora —. añadió el joven — supongo que ya creerá usted en la existencia de ese duodécimo planeta, ¿verdad?

Rauchin apretó los labios.

—Aún no sabemos a quién pertenecen esas naves. Pudieran ser de la Unión Oriental.

—Eso lo veremos dentro de poco. Bien, ¿están listos los motores?

—Sí, señor.

—Comandante a tripulación. Voy a despegar. Si alguno no está listo, que lo diga, ¡pronto!

Nadie contestó. Jason, entonces, empujó las palancas del gas hacia adelante.

El aparato se estremeció suavemente y luego empezó a rodar, cada vez con mayor rapidez, hasta alcanzar una velocidad suficiente para levantarse del suelo, a lo cual ayudaban los chorros inferiores de proa, dado que allí se carecía de atmósfera gaseosa en la que apoyarse. Jason sintió que su cuerpo se hundía en la blandura del sillón antiaceleratorio, pero, a pesar de ello, continuó enviando torrentes de energía a los chorros impulsores de popa.

El aparato partió como un proyectil, dejando tras sí una estela de llamas anaranjadas. Enseguida alcanzó los tres kilómetros al segundo, la velocidad mínima requerida para arrancarse al campo gravitatorio de Titán, después de lo cual empinó la proa para remontarse verticalmente.

Súbitamente, Ramírez lanzó un grito.

—¡Mírelos, capitán! ¡Están ahí!

El joven volvió la vista hacia el lugar que le señalaba su tercer oficial. Parpadeó, creyendo que soñaba.

—¡Dos platillos volantes!

A ambos costados de la astronave había sendos discos voladores, exactamente iguales a los que ya conocía, con la única diferencia, bien poco importante por cierto, que la cuadrícula de sus distintivos era en amarillo y azul. Jason no sabía cómo habían llegado hasta allí, pero una cosa indudable había, y era que estaban.

Empujó a fondo el acelerador y la «Medusa» pareció saltar hacia adelante. Inútil esfuerzo; los discos le siguieron como si estuvieran unidos a su aparato por un cable invisible. Permanecían inmóviles, en apariencia, y no se advertía en ellos el menor signo de hostilidad.

Uno de ellos, el del costado de estribor, se acercó hasta casi tocarles con el borde de su disco. Tan cerca se situó que los ocupantes de la nave pudieron ver, al otro lado de las lucernas, algunas confusas siluetas, posiblemente sus tripulantes que les estaban contemplando con curiosidad.

Bruscamente, una luz blanca chispeó en una de las lucernas. La luz se encendió y apagó rápidamente, siguiendo un ritmo determinado.

—¡Nos están enviando un mensaje por Morse, coronel! —gritó Ramírez.

—Lo que nos faltaba — gruñó el joven—. Descífrelo, hombre.

El tercer oficial empezó a deletrear:

—«Deseamos hablar con ustedes. Rogamos abran compuerta acceso.»

—Esto se pone interesante — murmuró Jason—, Mayor Rauchin, vaya a la compuerta de estribor y dispóngase a recibir a esos individuos. Dígale de paso a la señorita McDowan que venga aquí. Ramírez, conteste que aceptamos, pero que no admitiremos ningún ademán hostil.

—Bien, señor — dijo el oficial, el cual, unos momentos más tarde, daba su respuesta—. Dicen que están de acuerdo.

Tamara llegó un par de minutos más tarde. Consultó con la mirada a Jason, pero éste no quiso hablar.

El joven se sentía devorado por la curiosidad, pero no se movió de la cabina de pilotaje que, en cierto modo, consideraba como el puente de la nave. Como además, salvo quizás el comedor, era el lugar más espacioso, resolvió recibir allí mismo a los extranjeros, ya que no le pareció oportuno hacerlo en su cámara, de reducido tamaño, como todas.

Además, y aparte de que quería que la entrevista fuese pública, se mantuvo en su puesto, con el fin de demostrar que era el jefe de la nave. Para recibir a los recién llegados tenía a su segundo comandante, a quien, en buen protocolo, correspondía desempeñar tal papel.

Al fin, Rauchin apareció precediendo a dos individuos, vestidos de la misma o parecida manera que el joven ya conocía. Los demás tripulantes de la «Medusa», ávidos de saber, se agolpaban en la puerta.

Los recién llegados, al igual que Rhadis, iban provistos de los traductores automáticos. Uno de ellos inclinó ligeramente la cabeza y saludó:

—Le deseamos una feliz existencia, coronel Koren. Mi nombre es Seazh y Lenso el de mi compañero. Traemos un mensaje para usted.

—De Rhadis, supongo.

Seazh arqueó una, ceja.

—¿Rhadis? Oh, no, coronel Koren. Rhadis no tiene autoridad ninguna para enviar mensajes, al menos de la clase que nosotros tenemos encargo de transmitirle.

—Bien — dijo el joven—, ¿de qué se trata?

—Es muy fácil, coronel. Simplemente, de ordenarle que dé media vuelta a la nave y que emprenda inmediatamente el regreso a su planeta.

—¿He oído bien? —murmuró cortésmente, el joven.

Ramírez soltó una risita.

—Estos tipos — dijo—, parecen habérselo tomado en serio, capitán. ¿Los echamos a patadas de aquí?

—Son nuestros huéspedes, capitán, no lo olvide — dijo Jason con grave acento. Luego se volvió hacia el mensajero—. ¿En nombre de quién me da usted esa orden, Seazh?

—En nombre de quien tiene autoridad para hacerlo — contestó el otro gravemente.

—¿Qué ocurriría si nos negásemos a obedecer?

—Les destruiríamos.

Hubo una corta pausa de silencio después de estas palabras, que habían restallado como un latigazo en el ambiente.

Jason sonrió.

—Me parece que vuestros jefes no conocen a los terrestres. De otra forma, su intimación tendría un aspecto más diferente y... ¿cómo lo diría yo? ¡Ah, sí! Más acogedor. Así, Seazh, puede usted comprender que no nos es posible acatar esas órdenes.

Seazh inclinó la cabeza.

—En tal caso, coronel, supongo que deberá atenerse a las consecuencias.

—¿Quién es el que habrá de atenerse a tales consecuencias? Me parece que usted no sabe bien de qué está hablando. Aunque, la verdad, después de lo sucedido en Titán, donde se ha atacado hasta el exterminio a una serie de personas completamente inofensivas y desarmadas, nada de lo que hagan ustedes es de extrañar.

—¿A qué se refiere, coronel?

—No se haga el desentendido, Seazh — contestó el joven ásperamente—. Demasiado lo sabe usted. Había dos puestos terrestres en Titán, cuyos ocupantes han sido vilmente asesinados. ¿Es esta la manera de evitar que una nave llegue hasta vuestro planeta con el fin de entablar relaciones pacíficas?

—Nuestro pueblo no desea tales relaciones, coronel.

—El asesinato no es nunca una medida preventiva, al menos, en las relaciones interplanetarias. Rhadis arguyó que los terrestres no estábamos lo suficientemente civilizados como para entrar en contacto con ustedes. Por lo que he podido observar, los salvajes son ustedes y no nosotros. Jamás se nos hubiera ocurrido arrasar dos puestos cuya misión era de estricta cuestión científica, para evitar tales contactos.

Ante la alusión Seazh enrojeció, lo cual fue interpretado por Jason como claro indicio de su culpabilidad.

Animado, el joven continuó:

—En buena ley, debiera detenerles a ustedes y mantenerlos prisioneros para entregarlos a mis superiores, con el fin de que se hiciera justicia. Mas no puedo dejar de considerar que ustedes han obrado ateniéndose a órdenes recibidas y, además, en este momento, están bajo la salvaguarda de la bandera blanca del parlamentario, la cual, si no es visible, para nosotros al menos lo es tanto como si existiera realmente. Puede decir a sus jefes, Seazh, que no sólo no retrocedemos, sino que, además, haremos todo lo posible para castigar como se merecen a los culpables de tan horrendas matanzas.

Seazh soportó el roción del joven con gesto impasible. Al terminar, inquirió:

—¿Es eso todo lo que usted tiene que decirme, coronel?

—Para mí es suficiente. Y espero que para ustedes lo sea también. ¡Mayor Rauchin!

—¡A la orden, señor!

—Acompañe a estos caballeros hasta la esclusa.

—Sí, señor. Por aquí, tengan la bondad.

No se habló ya ni una, palabra más del asunto. Seazh y su compañero hicieron sendas inclinaciones de cabeza y se retiraron, precedidos por Rauchin, abriéndose paso entre dos filas de estupefactos tripulantes que no acababan de dar crédito a lo que sucedía.

Mientras las tres naves continuaban recorriendo el espacio con enorme velocidad, muy juntas las tres y en apariencia inmóviles, un alud de excitados ocupantes de la «Medusa» se arrojó sobre el coronel.

—¿Es cierto que esos individuos no son de la Tierra?

—¿Estamos en Carnaval, señor?

—¿Han abierto las puertas de un manicomio sideral?

—Debiera haberlos fusilado sin más, coronel. Esos tinos no merecen vivir.

—¡Silencio! ¡Silencio todo el mundo! — gritó el joven, y la avalancha pareció contenerse un tanto—. Está bien; hasta ahora, por razones de seguridad que todos ustedes comprenderán fácilmente, hemos ocultado el principal motivo de este viaje. Pero ahora que ya las cosas se han descubierto...

—¡Un momento, coronel!

La voz de Tamara sonó fresca y vibrante, interrumpiendo en seco el discurso recién comenzado del joven. Todo el mundo, instintivamente, se volvió para mirar a la muchacha.

Tamara adelantó un par de pasos, situándose en el centro de la cabina.

—Coronel Koren — dijo con tono solemne—, ¿recuerda las instrucciones particulares que recibió relativas a mi persona?

Jason asintió mecánicamente.

—Por supuesto.

—Bien, pues ya ha llegado el momento de ponerlas en práctica. A partir de este momento, me hago cargo del mando de la nave.

—¡Eh!

La exclamación no procedía de los labios de Jason, sino de los tripulantes, atónitos ante una nueva y más espectacular sorpresa.

Pero Tamara no hizo el menor caso de la expectación que su gesto había provocado en la aturdida dotación de la «Medusa».

—Coronel, ordene a todo el mundo que ocupe inmediatamente sus puestos de combate. ¡Pronto! ¡No hay tiempo que perder o de lo contrario esos individuos nos destruirán! ¡Prepárense, además, para alta aceleración!

Jason lanzó un grito.

—¡Ya lo han oído ustedes! ¡Obedezcan, y pronto si quieren conservar la vida!

La dotación se dispersó como por encanto. Tenían demasiado arraigado el hábito de la disciplina y su entrenamiento era magnifico, de modo que en contados segundos todo el mundo se encontró en su puesto.

El mayor Rauchin llegó a la carrera, alarmado por las novedades.

—Ocupe su sillón inmediatamente — le dijo el joven, en tanto que se ceñía las correas del suyo. A su lado, Tamara hacía lo propio.

De cada uno de los puestos fue llegando la voz de su ocupante. Cuando Tamara estuvo segura de que podía actuar se inclinó sobre el tablero de mandos con la seguridad de un experimentado astronauta.

Todo se había realizado en contados segundos, de modo que cuando la muchacha comenzó a actuar, aún seguían las astronaves del duodécimo planeta a los costados de la «Medusa». Jason se pellizcó y este ademán le convenció de que, efectivamente, estaba despierto y no soñaba.

La muchacha se inclinó sobre el micrófono, conectándolo con la red general.

Gritó:

—¡Atención a todo el mundo! ¡Voy a efectuar una desviación lateral! ¡Sujétense bien!

Y después:

—¡Puesto de lanzamiento de babor, tenga preparados sus torpedos para el momento que yo se lo ordene!

—Sí, seño... rita — contestó el tripulante, encargado del mismo, con no pocas dudas en la pronunciación.

Tamara ordenó:

—¡Preparados para desviación lateral! ¡Ahora!

La mano de la muchacha pulsó el botón de mando de los chorros laterales de babor. Un río de fuego salió de los tubos, impulsando hacia el lado opuesto, es decir, hacia estribor, a la nave.

Jason sintió en su carne la cruel mordedura de las correas que tiraban de él, tratando de anular la inercia. El viraje fue tan súbito que estuvo a punto de perder el conocimiento.

Lo conservó merced a un supremo esfuerzo de voluntad. Delante de él vio las estrellas girar a su izquierda, pero antes de que pudiera centrar la visión escuchó un chirrido estremecedor que repercutió en toda la nave.

El costado de estribor de la «Medusa» chocó con terrible ímpetu contra el borde del disco del mismo lado. El aparato enemigo salió proyectado como si un gigante le hubiera propinado un colosal puntapié. Volteó aparatosamente en el espacio, girando de modo alocado en todas direcciones y luego, bruscamente, se hundió en el vacío estelar de modo vertical.

—Uno fuera de combate — exclamó la muchacha, enderezando la proa de la nave.

Jason se estremeció al pensar en la horrible suerte que habían corrido los tripulantes de la otra nave. Posiblemente estaban protegidos contra toda clase de aceleración, pero nunca se hubieran esperado un choque lateral de tan terrible potencia. Aquel espantoso zarandeo tenía que haber reducido sus cuerpos a papilla y Jason no confiaba en que ninguno pudiese haberse salvado.

Apenas había terminado, Tamara llamó al puesto de lanzamiento.

Ordenó:

—Dispare dos torpedos, ¡pronto!

El tripulante obedeció. Un par de segundos más tarde, se escuchaba su voz:

—Disparados proyectiles uno y dos del costado de babor.

Tamara mandó:

—Cargue el lanzador de nuevo.

—¡A la orden! — y treinta segundos más tarde, cuando las prodigiosas máquinas automáticas de la nave hubieron realizado su labor, el tripulante exclamó—: Cargado de nuevo el lanzador... comandante.

—Dispárelo de nuevo — replicó fríamente la muchacha, conectando la pantalla visora de babor.

Todos los ojos de cuantos se hallaban en la cabina pudieron ver claramente la partida sucesiva de los cuatro proyectiles, los cuales dejaron tras sí una tenue estela de color de fuego, apenas perceptible. Después de una espera angustiosa, cuatro enormes llamaradas, una tras otra, se encendieron en la negrura del espacio.

Cuando los fogonazos se hubieron disipado, la nave enemiga apareció nuevamente en el centro del visor.

Jason lanzó una exclamación.

—¡Está ahí todavía!

—Desde luego, pero ninguno de sus ocupantes vive. El choque les ha matado, pese a que los explosivos no hayan sido capaces de perforar el casco.

Jason miró a la muchacha con admiración mal disimulada.

—No sé cómo se las ha arreglado, pero lo ha hecho estupendamente bien. De todas formas, y para una investigación posterior por parte de la jefatura del S.C.C. espero haga un informe ante el capitán Warren, cronista del viaje, independiente de las anotaciones que yo haga en el diario de a bordo.

Ella sonrió graciosamente.

—Por supuesto, coronel. En ese aspecto, estoy enteramente a sus órdenes. Pero yo todavía no he terminado de mandar.

—¡Eh!

—Sí. Las dos tripulaciones están inutilizadas. Sin embargo, muchos de los aparatos que las naves llevan a bordo, pueden servirnos a nosotros, especialmente las defensas contra la detección que vamos a trasladar inmediatamente a la «Medusa». Coronel, disponga usted todo lo necesario para dar comienzo a los trabajos en el acto.

CAPÍTULO VIII



E modo que la chica ha resultado ser ahora uno de ellos, ¿verdad? ¡Vaya, tiene gracia!

—Bueno, ¿y a mí, qué? El caso es que nos sacó del apuro y que sabe manejar la nave tan bien o mejor que el coronel.

—¿Tú crees que de verdad nos sacó del apuro?

—¿Es que no lo viste, pedazo de idiota? Estuviste en las otras naves lo mismo que yo, ¿verdad? Sus ocupantes estaban todos muertos, hechos papilla, eso es.

—¡No me lo recuerdes! Todavía me dan náuseas cada vez que pienso en ellos.

—¿Y lo que nos hizo trabajar? ¡Dios mío!, si desarmamos literalmente aquellas naves, sin dejar más que los cascos. Pero no entiendo para qué sirven la mitad de los aparatos.

—Ni la mitad ni todos. Al menos, yo no he visto en mi vida cosa tan rara y fantástica. Todo son tubos y globos y cajas y... ¡Señor, qué lío nos ha organizado esta muchacha!

—Algún motivo tendrá cuando lo ha hecho, digo.

—¡Vete a saber! La verdad, yo no estoy muy convencido...

—¿De qué?

—De que sea de ese misterioso planeta. Para mí que los aparatos eran orientales.

—No digas tonterías. Una vez vi una nave oriental y, salvo los signos de los cuadrantes y los rótulos, en bien poco se diferenciaban de la nuestra.

—Pues a mí no me convence del todo. Vamos a ese planeta, que ni siquiera sabemos cómo se llama, con sólo el billete de ida pagado. ¿Y el de vuelta?

—Ten confianza en el coronel. Él nos sacará de líos.

—¿Él? No me hagas reír. La chica se lo ha metido en el bolsillo y no ve más que por sus ojos.

—El capitán Ramírez me dijo que el coronel tiene instrucciones de obedecerla. ¿No crees que habrá alguna razón para ello?

—¡Hum! Yo no sé de estas cosas que se llevan entre manos los altos jefazos. Pero el asunto sigue sin gustarme un pelo.

—No te quejes. Tu viuda cobrará un buen seguro si mueres.

—¿Crees que eso es un consuelo para mí? Además, soy soltero, de modo que... ¿Sabes lo que estoy pensando? Tamara está conchavada con el capitán Linov, eso es.

—¿Con el capitán...? No dices más que tonterías, ¿Viste en las ropas de los individuos muertos alguna señal que los identificara como pertenecientes a la Unión Oriental?

—Eso es lo de menos. Cualquiera puede cambiarse de traje y...

Mientras que la anterior conversación se desarrollaba entre dos de los tripulantes de la «Medusa», como signo y símbolo del desconcierto que reinaba a bordo entre los componentes de la dotación, Tamara había hecho llamar al coronel, citándole en su propia cámara.

La muchacha sonrió al verle entrar.

—Siéntese, por favor, Jason —. dijo —. ¿Quiere que pida una taza de café?

—No, gracias.

—¿Un cigarrillo?

—Bueno — aceptó el joven, poniéndoselo en la boca. Encendió el de la muchacha y luego prendió el suyo.

—No me mire de esa forma, Jason, yo no tengo la culpa de lo que sucede.

—No se la echo a usted, desde luego.

—Pero parece que lo esté haciendo. ¿Se encuentra resentido conmigo porque, accidentalmente, le he usurpado el mando de la nave?

Jason contestó escuetamente:

—Soy un hombre disciplinado, Tamara. El general Winning me dijo que llegaría un momento en que habría de acatar sus órdenes.

Ella lanzó un suspiro.

—En cierta ocasión, usted trató de despedir al mayor Rauchin, basándose en que obedecía por disciplina y no por convencimiento. ¿Habré de emplear con usted el mismo argumento?

—A mí no me puede despedir — replicó el joven—. Estamos volando, no en tierra.

—Pero puedo desposeerle provisionalmente de su rango y relegarle al puesto secundario de un tripulante cualquiera — dijo ella, con el ceño súbitamente fruncido.

—Hágalo. ¿A qué está esperando?

—¡Oh, Jason! —exclamó Tamara—. ¿Por qué es usted tan testarudo? Llevamos así ya largo tiempo. ¿No comprende que no obro por mí, sino por interés del bien general? Cuando todo haya terminado, usted comprenderá perfectamente los motivos que me han inducido a obrar de esta manera.

—Lo celebraré entonces, desde luego. Y ahora, ¿puedo preguntarle por qué me ha mandado llamar?

Los ojos de Tamara chispearon súbitamente, Aplastó el cigarrillo en un cenicero pronto y se puso en pie.

—¡Siéntese! —dijo con tono imperativo—. Voy a explicarle parte de mis planes, los cuales, obvio es decirlo, están en un todo de acuerdo con sus superiores, pese a que usted no lo crea. Estamos acercándonos ya al Planeta XII. Llegaremos a él dentro de muy poco. Todos esos instrumentos que arrancamos a las naves destruidas, nos servirán para pasar desapercibidos por las redes de detección de nuestro mundo. De otra forma, seríamos destrozados inapelablemente, y en esta ocasión no nos quedaría el recurso de echar mano de trucos terrestres como los ya empleados. Ni siquiera nos daríamos cuenta de la forma en que nos llegaba la muerte, conque ya ve usted qué clase de armas emplean mis compatriotas.

—Y una vez allí, ¿qué haremos? Porque lo que ahora estamos haciendo es literalmente, abrir las fauces al lobo. ¿Nos quedaremos dentro de su garganta... o la fiera cerrará la boca antes de que podamos escapar?

—Ni lo uno ni lo otro. Si las cosas salen bien, y tengo fundados motivos para suponerlo, dentro de muy poco tiempo se habrán entablado relaciones entre los dos planetas, unas relaciones que, indudablemente, serán largas, sólidas y eternas, y que, indudablemente, no pueden por menos que producir grandes beneficios a las respectivas poblaciones de ambos mundos.

»Nosotros tenemos mucho que enseñar a los terrestres; pero no somos tan egoístas que pensemos que en nuestros cerebros está la verdadera civilización del sistema solar. También vosotros tenéis muchas cosas que enseñarnos y nosotros que aprender. Y de todo este intercambio de conocimientos, naturalmente, no pueden más que desprenderse grandes beneficios para unos y otros.

»Ahora bien, en nuestro planeta, como en la Tierra en la época de las nacionalidades y aún en la actual, en que estáis divididos en dos grandes

grupos, hay gente interesada en la actual situación. Mentalidades anticuadas, intereses particulares, todo lo que se quiera decir al respecto, es lo que provoca esta situación. Nuestra embajada, por tanto, está destinada a convencer a los reacios de que dichas relaciones deben entablarse por bien de los dos planetas. Toda división es fatal; toda unión, a la larga, es beneficiosa. En esto es lo que hemos pensado y con miras a ello trabajamos.

—Un bonito discurso — dijo Jason cuando ella hubo terminado—. Y ¿qué medios piensa emplear para convencer a esos reacios? Supongo que deben tener muchos partidarios del aislamiento. ¿No nos harán picadillo cuando se enteren de nuestra presencia en el Planeta XII?

Tamara explicó pacientemente:

—Los partidarios de la unión son más numerosos de lo que se cree. Hace ya tiempo que conocemos la vida y costumbres de los terrestres y, aun sabiendo de vuestros defectos y de vuestra propensión a la lucha, estamos convencidos de que, una vez se haya establecido un pacto de alianza, os iréis inclinando más y más hacia el lado pacifista.

—Ahora estamos en paz — objetó el joven.

—Pero vuestro mundo está dividido en dos partes. De esta forma, conseguiremos un solo gobierno para la Tierra, cosa que vosotros no habéis logrado hasta ahora. Vuestras rencillas particulares desaparecerán y, de ahora en adelante, sólo seréis terrestres.

—Eso es algo que me gustaría ver — dijo Jason.

—Lo verá, sin duda alguna, coronel. Aún habrán de pasar varios años antes de que nuestros esfuerzos hayan dado su fruto, pero es indudable que llegaremos a la cima.

—Bien. ¡Ojalá sea así! A fin de cuentas, no creo que haya hombre al que, en el fondo, no le guste vivir en paz. Y yo soy uno de ellos, por supuesto.

Hubo una pequeña pausa de silencio. Después, Jason dijo:

—Hay una cosa que yo no acabo de entender. Desde vuestro planeta, el sol no se verá sino como una estrella apenas mayor que las demás. ¿Cómo vivís? ¿De dónde sacáis la luz y el calor necesarios para la vida, tal y como la concebimos en la Tierra?

Ella sonrió enigmáticamente.

—Lo verá en el momento oportuno, Jason. Y le aseguro que se va a llevar una sorpresa muy, muy grande.

* * *

Era un negro disco el que se alzaba ante la proa de la «Medusa», ocultando con su perfecta redondez parte del cielo, por lo que, al ocultar las estrellas en aquel sector, parecía como si la nave estuviera situada ante la boca de un enorme pozo abierto en el espacio.

La ilusión era más acentuada a medida que la nave se iba acercando al Planeta XII con terrible velocidad, de tal forma, que el disco aumentaba de tamaño casi a simple vista.

La superficie del planeta debía de carecer en absoluto de atmósfera. Jason entendió que era totalmente sólida, sin ningún líquido ni gas sobre ella, puesto que, de haber existido, como en Titán el metano, se hubiera congelado por la acción del terrible frío del espacio y necesariamente se hubieran visto manchas blancas de hielo, que ahora no se divisaban ni aun utilizando el telescopio.

Tamara llevaba los mandos de la nave, a la cual se habían acoplado, siguiendo sus instrucciones, muchos de los instrumentos de las naves destruidas. Todo el mundo, ya en las proximidades del planeta, ocupaba sus puestos respectivos y, a indicación de la muchacha, se habían aferrado sólidamente en sus asientos.

El negro disco creció en forma alarmante.

—¿No piensa decelerar? — preguntó Jason, justo en el momento en que sentía su cuerpo lanzado hacia adelante, como consecuencia de la acción de las toberas de freno.

—Ahí no se divisa la menor señal de vida — siguió preguntando—. ¿Cómo piensa arreglárselas para...?

Ella sonrió, sin desviar su mirada del cuadrante de instrumentos.

—No se impaciente, Jason — respondió—. Dentro de poco lo verá.

A pesar de la deceleración, la «Medusa» continuaba aproximándose al planeta. Su disco ocupaba ya todo el horizonte visible, pero no se advertía en él nada que pudiera indicar la existencia de seres humanos. Sólo se veía una total y absoluta obscuridad, más acentuada porque, al parecer, las rocas de que estaba compuesta la superficie exterior de aquel tenebroso mundo, carecían de poder reflector alguno.

La luz de las estrellas iluminaba, sin embargo, parcialmente la superficie del planeta. Jason entrevió un inmenso amontonamiento de rocas, un caos geológico sin parangón posible con lugares similares que él conocía, mas no tuvo mucho tiempo de dedicar su atención al sombrío panorama que tenía ante sí.

La «Medusa» continuaba decelerando, pero a pesar de todo, su velocidad era aún aterradora.

—¡Nos vamos a estrellar! — gritó el joven, viendo acercarse la tierra con enorme rapidez.

—No tema, coronel — dijo ella—. No ocurrirá nada de lo que usted tanto está temiendo. Sin embargo, obedeciéndole, reduciré la velocidad al mínimo posible.

Nuevamente entraron en acción los chorros de freno. Las correas se clavaron cruelmente en los hombros del joven, pero éste, absorto, no reparó en el dolor. Sólo veía ante él, cada vez más próxima, la superficie del planeta y estaba muy preocupado, porque veía que la muchacha no efectuaba maniobra alguna para iniciar el aterrizaje.

La tierra se aproximó rapidísimamente. Ahora, a pesar de la obscuridad de la eterna noche sideral, era posible ver, a la luz de las estrellas, las enormes cadenas de montañas que cruzaban en todos sentidos la faz del planeta. Y la «Medusa» continuaba cayendo perpendicularmente, como una bala salida de algún gigantesco obús, dispuesta a impactar contra su blanco.

Con la velocidad del rayo, la nave atravesó un hondísimo desfiladero, penetrando en él de manera casi vertical. Las paredes del colosal cañón se deslizaron vertiginosamente a ambos costados de la nave, en tanto que el suelo subía hasta la proa con tremenda rapidez.

En el último momento, Jason se echó hacia atrás, instintivamente. El choque era inminente... pero nada de lo que temía sucedió.

Con precisión cronométrica, un enorme espacio de terreno se abrió ante ellos, dejando ver su negra boca, más obscura aún que los montes en cuyo fondo estaba situada la abertura. Siempre decelerando, la «Medusa» se introdujo por la boca de aquel túnel, sin una vacilación, sin el menor titubeo, guiada por la delicada pero experta mano de la muchacha.

La obscuridad más absoluta envolvió a la nave. Tamara, entonces, encendió las luces que le hubieran servido para un aterrizaje nocturno en la Tierra y una fulgurante claridad envolvió el aparato.

A la luz de los reflectores, Jason vio desfilar a ambos lados de la nave las paredes de un túnel aproximadamente circular, excavado a costa de Dios sabía qué prodigiosos esfuerzos en la roca. La anchura del túnel era enorme, capaz de contener a un tiempo a cuatro naves como la «Medusa», sin el menor agobio de espacio.

El joven se dio cuenta de que la velocidad de la nave se había reducido al mínimo. Como si Tamara le hubiera adivinado el pensamiento, dijo:

—Trasladé a la nave los mecanismos antigravitatorios de las otras. Por eso puedo reducir la velocidad e incluso dejar el aparato parado, sin que por ello llegue a caer.

—¿Qué gravedad tiene este planeta?

—Más o menos la de la Tierra — contestó ella, atenta siempre a los mandos.

—¿Debo entender, a juzgar por lo que veo, que ustedes son trogloditas?

Ella se echó a reír.

—Trogloditas es una palabra muy fea. Significa el que vive en cuevas o cavernas, ¿verdad? Pero, en realidad, así vivimos nosotros... aunque nuestra vivienda sea una sola y colosal caverna.

Jason respingó. Ahora comprendía.

Tamara volvió un instante la vista hacia él.

—Así es, Jason. Nuestro pueblo vive en el interior del planeta. De otro modo, ¿cómo iba a desarrollarse nuestra existencia en el vacío? No hay luz, no hay calor, no hay aire... y aquí dentro, tenemos de todo cuanto precisamos. Le aseguro que nuestros paisajes no tienen que envidiar en nada a los de la Tierra, créame.

—Estoy ardiendo en deseos de verlo — dijo él sinceramente.

—Unos minutos más, y le podré dar la bienvenida al duodécimo planeta, Jason.

—Gracias — repuso él. Después inquirió—: A lo que veo, estaban aguardando nuestra llagada.

—As es. Lo avisé con tiempo.

—¿No teme que el comité de recepción esté compuesto exclusivamente por miembros de la oposición? Rhadis no nos auguró ningún bien, recuérdelo.

—Rhadis, como yo, es un simple subordinado y obedecía únicamente las órdenes recibidas.

—Que por lo visto, debían de estar en flagrante contradicción con las suyas, Tamara.

—Así es.

—Lo cual quiere decir que los que nos van a recibir son amigos suyos.

—Desde luego, partidarios de la unión de los dos planetas.

—¿Y si salieran a recibirnos los otros?

—No están enterados de nuestra llegada. Por ese lado, pues, no necesita preocuparse.

Jason se rascó la cabeza.

—Bueno, bueno, veremos qué es lo que resulta, de todo esto. Yo...

Pero se interrumpió súbitamente. Frente a él, un intolerable chorro de luz acababa de encenderse.

Jason, como los demás, se vio obligado a cerrar los ojos unos momentos, deslumbrado por la terrible iluminación que acababa de envolver a la nave. Los abrió, volvió a cerrarlos y cuando, al fin, se decidió a mirar, un grito de admiración se escapó involuntariamente de sus labios.

Tamara rió alegremente.

—¿Qué le parece nuestro país, Jason?

La luz provenía, en apariencia, de un cielo idéntico al de la Tierra, teñido de un esplendente azul, en el cual ponía su nota de blancura algunas nubes algodonosas que se deslizaban lentamente en la atmósfera. Bajo la nave, se veían campos cubiertos de verdor y ríos de plata deslizándose lentamente por entre la vegetal espesura. A babor, se divisaba en lontananza una gran extensión de agua, rebrillando bajo la luz del invisible sol que alumbraba aquel fantástico panorama, y en el lado opuesto, una cadena de elevadas y puntiagudas montañas, cubiertas sus cimas de nieve, concluía de dar una nota enteramente terrestre al espléndido panorama.

—Como puede ver — dijo ella—, todo nuestro mundo es una inmensa y enorme gruta. Hay luz, hay calor, tenemos aire y presión atmosférica suficientes, ocurren los mismos fenómenos meteorológicos que en la Tierra, llueve y nieva igual que allí... pero todo dentro, no fuera del planeta. ¿Lo comprende ahora?

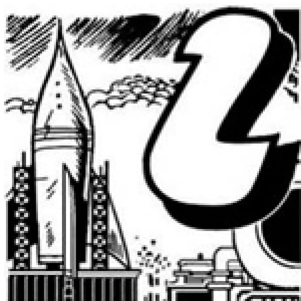
Jason asintió, en silencio, sin poder hablar, subyugado a su pesar por la singular maravilla que sus ojos estaban presenciando.

Durante unos minutos, la nave estuvo sobrevolando el terreno, perdiendo altura paulatinamente. A lo lejos, Jason creyó entrever las edificaciones de una gran ciudad.

Bruscamente, el encanto fue roto por una áspera voz.

—¡Todo el mundo, manos arriba! ¡Pónganse en pie y sepárense de los instrumentos, si no quieren que les vuele la cabeza!

CAPÍTULO IX



ENTAMENTE Jason se volvió, mirando a Ramírez, en cuya mano se veía ostentosamente una descomunal pistola.

Los ojos del tercer oficial brillaban con ciega furia, en tanto que sus mandíbulas aparecían fuertemente apretadas.

La mano de Ramírez se movió con gesto enérgico.

—¡Fuera de ahí, pronto!

—Ramírez, está loco. No sabe lo que se hace. Tire esa pistola inmediatamente — dijo el joven, sin perder la serenidad.

—No diga tonterías, coronel Koren. Ya lo creo que sé lo que me hago. ¿No les dijeron que si llegaban a este planeta serían destruidos? No quisieron hacer caso de las intimaciones recibidas, luego entonces no se quejen de las consecuencias. ¡Vamos, apártense a un lado, rápido!

Con las manos en alto, Jason, acompañado de Tamara y el mayor Rauchin, se retiró a un lado de la cámara, seguidos todos sus movimientos ¡por la atenta mirada del tercer oficial.

—Vamos a aterrizar — dijo—. Después, les haremos desaparecer. A todos. Y jamás se sabrá de ustedes. Esto servirá de escarmiento a cualquier otra expedición que los terrestres envían a Althur.

Jason entendió que Althur era el nombre que los nativos daban al que en la Tierra se conocía como Planeta XII, cuyas características, según había podido comprobar, eran altamente sorprendentes. Pero en aquellos momentos, toda su atención estaba embargada por el hecho de que, inesperadamente, Ramírez hubiera resultado ser un indígena de Althur y enemigo, además, del establecimiento de relaciones entre los dos mundos.

—Ramírez!... —empezó a decir, pero el otro le cortó en seco, levantando en alto la mano.

—No se mueva, coronel. Durante años he estado desempeñando mi papel, esperando el momento oportuno. Al fin ha llegado y no crea que pienso

desperdiciar la ocasión.

Jason entendió que se hallaba ante un maniático, al que iba a ser muy difícil, si no imposible de convencer. Mientras tanto, la nave, sostenida en la atmósfera por los mecanismos antigravitatorios montados bajo la dirección de Tamara, continuaba volando a velocidad reducida, sin aparentemente, rumbo definido.

—Voy a aterrizar — dijo Ramírez—. No se muevan, no intenten nada sospechoso. En Althur consideraríamos esta pistola como algo ridículo, terriblemente anticuado, pero no por ello deja de ser muy eficaz, ¿comprende lo que, quiero decirles?

Nadie contestó a aquellas palabras. Ramírez, sin quitarles la vista de encima, se acercó al tablero de mandos, cambiándose el arma de mano. Luego, con la derecha, empezó a tantear, buscando determinada palanca.

Pero su falta de habilidad le obligó a volver un instante la cabeza. Fue apenas un segundo, mas suficientes, sin embargo, para que el mayor Rauchin, dando al olvido todas las intimaciones recibidas, se arrojara sobre el individuo.

Ramírez se apercibió del gesto de Rauchin y lanzó un rugido de ira. Se volvió, apretando el gatillo, justo en el momento en que el oficial caía sobre él.

La pistola estaba provista de silenciador, y por ello la detonación apenas si se oyó. Rauchin lanzó un aullido de dolor y, agarrándose el hombro con la mano izquierda, giró en redondo antes de desplomarse.

Pero durante aquella breve fracción de tiempo, su cuerpo había cortado la línea de tiro del arma. Y Jason no desaprovechó la ocasión.

Lanzándose hacia adelante, se protegió con el cuerpo del mayor, al cual empujó con terrible violencia. Ramírez quiso disparar de nuevo, pero la nuca de Rauchin, involuntariamente, le golpeó la mano armada, y la bala se estrelló contra el techo.

Los tres hombres cayeron al suelo, revueltos en confuso montón. Mientras tanto, la muchacha no perdió el tiempo. Se lanzó fuera de la cámara, gritando desesperadamente en busca de socorro.

La pistola resbaló sobre el pulido suelo de la nave. La boca de Ramírez espumajeó de rabia, en tanto trataba de defenderse del acoso del joven. El puño derecho de Jason golpeó aquellos labios, partiéndolos por la mitad y haciendo brotar de los mismos un arroyo de roja sangre.

Jason lanzó una carcajada al ver la sangre manchar las ropas de Ramírez. Lo cogió por el cuello de la camisa y lo izó en vilo.

—¡Vaya! —exclamó—. Todos los días se aprende algo nuevo. Por

ejemplo, que los habitantes del Planeta XII tienen la sangre idéntica a la nuestra. — Y descargó otro feroz puñetazo.

Ramírez se encogió sobre sí mismo, agarrándose el vientre con ambas manos. Jason le enderezó por el procedimiento de asirle con la mano izquierda por los cabellos, después de lo cual le asestó un nuevo golpe.

Durante unos momentos, la mano derecha de Jason golpeó implacablemente el rostro de Ramírez, hasta ponerlo tumefacto. El falso tercer oficial terminó por retroceder, hecho una verdadera lástima, poniéndose las manos delante para evitar más puñetazos.

—¡No, no, basta, por el amor de Dios! — gimoteó, cobardemente.

En aquel momento, varios de los tripulantes de la «Medusa», precedidos por Tamara, penetraron en tromba en la cámara. Encogido sobre sí mismo en un rincón, Ramírez se hallaba ya completamente abatido, sin la menor muestra de su primitiva combatividad.

Jason recuperó la pistola, que entregó a von Hausser.

—¡Vigile a este canalla y si se mueve, péguele un tiro!

—Sí, señor — contestó el individuo, haciendo lo que le decían.

Mientras, otros dos se inclinaban sobre el encogido cuerpo del mayor Rauchin, bajo cuyo cuerpo se veía una gran mancha de sangre. Un hombre penetró en la estancia.

—¡Apártense, por favor! — ordenó imperativamente el médico, arrodillándose junto al herido.

Sacó una navaja del bolsillo y rasgó la camisa del mayor—. No parece ser cosa muy grave, aunque pierde bastante sangre. Llévenlo a la enfermería, ¡pronto!

Jason recobró bien pronto la iniciativa.

—Déjennos solos, por favor. Tengo que interrogar al capitán Ramírez —y lo dijo en tono natural, no queriendo que sus hombres, hasta el momento actual, no enterados bien de lo sucedido, conocieran toda la verdad, para evitar alarmas infundadas.

Tomó la pistola de manos de von Hausser y se quedó frente a Ramírez, acompañado únicamente por la muchacha. Pero antes de que pudiera abrir la boca, Tamara lo hizo por él.

La muchacha habló en un idioma completamente desconocido para el joven, de fluida y suave entonación, con rápido verbo. En los primeros momentos Ramírez pareció muy sorprendido al ver hablar a la muchacha en su propio idioma, pero no tardó en reaccionar.

Se limpió la sangre de la boca con un pañuelo y se enderezó, adoptando una actitud desdeñosa. Contestó con monosílabos a algunas preguntas de Tamara, concluyendo, al fin, por encerrarse en un pronunciado mutismo.

—¿Qué le ha dicho usted? — inquirió Jason.

—Le he preguntado por orden de quién actúa, y se ha negado a contestarme. Pero de sus palabras he podido deducir que estaba esperando unas naves amigas y que éstas no han llegado. No obstante, su aparición puede producirse de un momento a otro.

—¡Diablos! ¡Esto sí que es una complicación! ¿Qué podemos hacer?

La muchacha reflexionó unos instantes.

—Aquí, nada — dijo—. Nuestros aparatos antidetección no sirven en el interior del planeta.

Jason respingó.

—¿Qué está diciendo?

—Lo que oye, Jason. La peculiar constitución de nuestra atmósfera, iluminada por fuentes de energía que hacen vibrar a los fotones artificialmente, hace que estos mecanismos sean completamente inservibles en las actuales circunstancias. Sólo pueden utilizarse una vez fuera del planeta, en cualquier ambiente normal, pero aquí no hay manera alguna de hacerse invisible.

Sin dejar de encañonar a su prisionero, Jason arrojó una mirada al exterior. La nave continuaba volando a lenta velocidad, a un par de miles de metros escasos sobre la superficie del terreno, sin que se viese señal alguna de lugares habitados. Aquella ciudad que había entrevisto en la lejanía se había esfumado, sin duda por haber navegado en sentido opuesto.

—Si nos atacan nos vamos a ver en un serio aprieto, Tamara.

—Eso es lo que estoy pensando, Jason. Quizá — añadió —, lo mejor sería abandonar la nave.

Jason se estremeció.

—¡Eso, jamás! — exclamó, enojado.

Ella arguyó:

—Posiblemente sería la única manera de conservar nuestras vidas. Fuera de ella, tenemos muchas probabilidades de escondernos. Un grupo de personas es muy difícil de detectar, en tanto que una nave como la «Medusa» será divisada en pocos segundos. Y, según se están desarrollando las cosas, los amigos de Ramírez no se andarán con muchas cortesías.

Jason refunfuñó algo entre dientes.

—Luego dirán que los terrestres somos salvajes y que nos matamos por un quítame allá esas pajas. ¿Y ustedes?

Ella se amoscó.

—Todo esto viene de su insistencia en entablar relaciones con el planeta en que nos hallamos.

—Pero usted, Ramírez y sabe Dios cuántos más, llevaban ya mucho tiempo en la Tierra, espiándonos. ¿Qué quiere decir eso?

—Nada, excepto que estábamos estudiando sus costumbres, antes de decidirnos a dar un paso definitivo— repuso ella, sin variar de expresión.

—Estamos discutiendo en vano y éste — sonrió el joven—, no es el mejor medio para consolidar unas relaciones que, forzoso es reconocerlo, no se apoyan en una base muy sólida que digamos.

—Estoy de acuerdo con usted. ¿Qué más?

—¿Es completamente seguro que los amigos de Ramírez están a punto de llegar?

—Por supuesto. Sus palabras no dejan lugar a dudas.

—Usted es de por aquí. ¿Conoce algún lugar donde podamos escondernos entretanto?

—Hay bosques debajo de nosotros. En iguales condiciones, ¿divisaría usted desde el aire una partida de hombres tratando de ocultarse?

—No, por supuesto. Pero ¡abandonar la nave!... — se dolió el joven.

—Si todo sale bien —dijo Tamara—, lo que le sobrarán serán naves para regresar a su planeta. Pero ahora lo que interesa es salvar la vida, ya que, éste es el único medio de conseguir el pleno cumplimiento de la misión que le ha sido confiada, recuérdelo.

—De acuerdo — suspiró el joven—. ¿Podrá usted realizar la maniobra de aterrizaje?

Sin replicar palabra, Tamara se fue hacia los mandos. Entonces, él dijo, quieto en su puesto, vigilando de continuo a su prisionero:

—Alárgueme él micrófono, ¿quiere? Conéctelo con el botiquín, por favor — y cuando la muchacha hubo hecho lo que Jason le decía, éste preguntó—: Doctor, ¿cómo se encuentra el mayor Rauchin?

—Perfectamente, coronel Koren. La bala sólo le atravesó limpiamente la carne, provocando una hemorragia que hemos reducido notablemente con una transfusión.

—Esa noticia me alegra infinito. Doctor, disponga todo lo preciso para el

transporte del herido. Hemos de abandonar la nave.

A través del receptor, Jason escuchó un sonoro aullido de protesta.

—¿Qué es lo que está diciendo, coronel?

—Lo que oye, doctor. Y dispénseme, no puedo perder más tiempo. ¡Salviati, Klaner, preséntense inmediatamente en la cámara de mando! ¡Urgente!

Los dos nombrados hicieron su aparición apenas treinta segundos después de haber sido llamados.

—Hemos de abandonar la nave — repitió el joven, quien, sin curarse de la sorpresa que se pintaba en el rostro de los atónitos tripulantes, prosiguió —: Corremos grave riesgo de ser atacados por otros aparatos, contra los cuales, posiblemente no tendríamos tanta fortuna en la defensa como ya sucedió en la salida de Titán. Dispongan lo más necesario en bolsas que se puedan llevar cómodamente: algunos víveres, armas y municiones...; en fin, lo dejo a su discreción. Pero todo ha de ser realizado con la mayor rapidez. Aterrizaremos — Jason arrojó una mirada por la ventanilla más próxima y concluyó —: dentro de diez minutos como máximo.

—Bien, señor — dijo Klaner, dando media vuelta, sin más, seguido de su compañero.

La tierra se aproximaba con toda rapidez. El descenso hacía aumentar de tamaño a los objetos, permitiendo ver con mayor claridad sus detalles particulares. Así Jason supo que aquel mundo no se diferenciaba mucho del suyo y que en él podrían desenvolverse con tanta normalidad como si estuvieran en la Tierra. «Salvo en el ataque», dijo, lamentando no tener a mano una fuerte escuadra de aviones para defenderse de la ofensiva que estaba aguardando.

Conducida por la hábil mano de la muchacha, la «Medusa» tocó tierra sin novedad. El contacto produjo apenas un leve estremecimiento, después del cual la nave quedó inmóvil.

Entonces, Tamara se puso en pie y salió de la cámara, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Voy a buscar una cosa!

Jason la dejó hacer. Se echó a un lado y movió la mano.

—Salga delante de mí, Ramírez. Póngase las manos en la nuca y no intente nada. Le aseguro que cada vez que le miro pienso en aquellos desdichados de las estaciones de Titán y en la muerte que sufrieron. De modo que, si usted sabe interpretar los pensamientos, es inútil que añada una palabra más.

El oficial le arrojó una envenenada mirada, pero acabó haciendo lo que se le ordenaba. Los dos hombres caminaron a lo largo del corredor, en donde ya esperaba el resto de la dotación, cargados todos ellos con cuanto habían estimado imprescindible para una situación como la que se les presentaba.

—Klaner — ordenó el joven—, ate a este individuo de modo que no pueda intentar nada sospechoso.

El tripulante asintió. Salió de la esclusa, volviendo a poco con una camisa que desgarró en tiras, con las cuales sujetó a la espalda las manos del traidor. Después, Jason dio la orden de apertura de la compuerta exterior.

El mayor Rauchin fue de los primeros en descender, ayudado por el médico y otro de los tripulantes.

El rostro del segundo comandante estaba pálido, pero conservaba toda su energía. El tratamiento que le había sido aplicado había surtido notables efectos, aunque Jason sabía que lo que más le convenía en aquellos momentos era, cuando menos, una semana de descanso. Sin embargo, en aquellas circunstancias no podían entretenerse y el joven confiaba en que todo acabaría por resolverse favorablemente.

Como comandante de la nave, fue el último en abandonarla. Tenía ya el pie en la escala, cuando, de pronto, se acordó de la muchacha.

—¡Tamara! —exclamó.

Ella surgió, como si le hubiera adivinado el pensamiento. Llegaba sofocada, alborotado el cabello y el seno jadeante, siendo portadora de una especie de maletín obscuro y forma cuadrangular que le pendía del hombro derecho.

—¿Qué lleva ahí? — preguntó el joven, muy intrigado.

Tamara sonrió:

—Ya lo verá a su debido tiempo, Jason — dijo—. ¿Vamos?

Bajaron a tierra, pisando el suelo firme por primera vez desde hacía muchos meses. Al momento, una oleada de perfumados efluvios invadió la pituitaria del joven.

Arrojó una mirada en torno suyo. Tamara había hecho posarse a la nave en la linde de un bosque muy espeso, cuyos árboles tenían una corpulencia y conformación enteramente terrestre, excepto en sus troncos que parecían rectas columnas estriadas, de un tono marrón que contrastaba vivamente con el verde brillante de sus hojas, entre las cuales se veían las manchas amarillas de unos objetos esféricos que parecían ser sus frutos.

Cerca de ellos corrían las aguas frescas y transparentes de un arroyuelo de poca anchura, que atravesaba el bosque, en cuya espesura se perdía. El suelo

estaba cubierto de un corto césped, en el que surgían a trechos unas pequeñas florecillas de diferentes colores, cuyo intenso perfume embalsamaba la atmósfera.

Jason miró a Tamara.

—Usted es nuestro guía — dijo, y ella asintió.

Se colocó a la cabeza de la reducida columna y exclamó:

—Síganme todos, por favor.

Antes de marchar, Jason arrojó una melancólica mirada a la nave, que quedaba allí, posada en el suelo, abandonada a su quizás triste destino. Le dolió dejarla, pero supo sobreponerse y, tras un suspiro de resignación, se colocó al lado de la muchacha.

Caminaron, atemperando su paso al del herido. En pocos momentos, la frondosidad del bosque se los tragó, ocultándoles a la vista el plateado casco de la nave, cuya inmovilidad le recordó al joven la de un cetáceo varado en una playa. Arrancándose tales sentimientos del corazón, siguió caminando a buen paso.

Durante una hora o más, la partida anduvo bajó la fresca sombra de los árboles, hasta que la muchacha juzgó oportuno hacer alto en un lugar más espeso que el resto, tanto, que apenas si se podía ver el cielo que había sobre las copas de los árboles.

—Creo que, por el momento, aquí estamos bien — dijo, deteniéndose.

La columna hizo alto. El médico acomodó al mayor Rauchin junto a un árbol, ayudado por un par de solícitos tripulantes. Al contemplar la escena, Jason se acordó de que tenía contraída una deuda con el segundo y se le acercó, arrodillándose a su lado.

—He de pedirle perdón, mayor — dijo—. Le juzgué mal y...

Rauchin emitió una pálida sonrisa.

—No tiene importancia, coronel. No iba a permitir que un estúpido estropease una misión tan buena como la nuestra, ¿verdad?

—Haré constar su conducta en el informe que eleve al regreso, Rauchin. Y poco he de poder si no le entregan el mando de una nave.

—Gracias, señor. Sus palabras son la mejor recompensa a que puedo aspirar. Yo...

Pero Rauchin no pudo continuar. Un agudo grito de la muchacha acababa de interrumpirle.

Tamara avisó:

—¡Atención! ¡Ya vienen hacia aquí!

Jason se puso en pie, corriendo hacia Tamara. Al pasar, se dio cuenta de que Ramírez estaba de cara a un árbol, con las manos a la espalda, implacablemente vigilado por uno de los tripulantes.

El joven llegó hacia donde se encontraba Tamara, situada casi en el centro de un grupo de árboles, cuyas copas permitían ver, a su través, un reducidísimo trozo del cielo. Entonces comprendió la utilidad de la cajita colocada en el estuche negro, que ella había tomado de la nave.

La muchacha estaba medio arrodillada en el suelo teniendo el maletín ante sí. En uno de los ángulos, una vez levantado uno de sus costados, que hacía de tapa, se veía una especie de pantalla, de unos veinte centímetros en cuadro, en tanto que el resto se hallaba cubierto de extraños cuadrantes e indicadores, cuya utilidad le era al joven completamente desconocida. No le cupo la menor duda de que Tamara había tomado aquel instrumento de alguna de las naves que destruyeran, pero se abstuvo de hacerle pregunta alguna sobre el particular.

Arrojó una mirada sobre la pantalla, que en líneas esenciales difería muy poco de las terrestres. Reflejada sobre su cristal vio una formación de naves, apenas mayores que unos puntos ortográficos, muy brillantes, sin embargo, los cuales corrían a toda velocidad por el espacio.

CAPÍTULO X



L suelo tembló a lo lejos, y a Jason no le cupo la menor duda de la suerte que acababa de correr la «Medusa».

Sus puños se crisparon en un gesto de rabia. Como buen comandante de nave, amaba a la suya y el hecho de su destrucción no podía por menos de lastimar cruelmente sus sentimientos.

Sintió entre las suyas una fina mano. Levantó los ojos. Tamara le estaba mirando con una expresión llena de simpatía y afecto.

—No se preocupe, Jason — le dijo—. Acabaremos por castigar a los culpables de hechos tan monstruosos.

El joven asintió. Luego arrojó una mirada a la diminuta pantalla televisora, en la cual se advertían aún varias naves que recorrían el espacio lentamente.

—Nos están buscando a nosotros — dijo ella.

—¿Cree que nos localizarán en el bosque?

—No puedo predecirlo. Tenemos grandes probabilidades a nuestro favor... y otras tantas en contra. Los medios de detección, en Althur, están muy desarrollados y, por desgracia, salvo —aquí la muchacha enrojeció violentamente — desprendernos de todo cuanto llevamos encima, es un imposible no llevar sobre nosotros algún objeto de metal, por insignificante que sea.

—Correremos el riesgo. Y ahora ¿qué hacemos? ¿Seguir o quedarnos aquí?

Antes de contestar, Tamara arrojó una especulativa mirada en torno suyo y después a la pantalla.

—Tendríamos que... — pero no pudo seguir adelante.

Alguien lanzó un grito.

—¡Miren!

Un rayo de intolerable blancura, de deslumbrante resplandor, apareció sobre las copas de los árboles. Pareció detenerse un punto a unos cincuenta metros de donde se hallaban los terrestres, rozando las ramas superiores, y luego, como si fuera una entidad sólida, atravesó totalmente la capa vegetal, llegando hasta el suelo.

Instantáneamente, aquel trozo de bosque estalló en llamas.

Jason se puso en pie de un salto.

—¡Todo el mundo en pie! ¡Hemos de marcharnos de aquí inmediatamente!

El campamento adquirió en pocos segundos una frenética actividad. Los equipajes que habían sido descargados volvieron a los hombros de quienes los habían transportado.

—¡Vamos! ¡En marcha! — gritó Jason, quien, acto seguido, se volvió hacia la muchacha—. Usted nos guiará, Tamara.

—No sé qué ruta seguir — dijo ella—. Althur es muy grande y, naturalmente, no conozco toda la geografía del planeta. Tenía que haber conducido la nave hasta determinado punto, pero ahora...

—Lo mejor será —dijo él — no alejarnos demasiado del lugar donde aterrizamos. ¡Ah!, y buscar el arroyuelo. Puede — añadió, con sombría expresión — que tengamos necesidad de él para algo más que para beber sus aguas.

Otro rayo igual al anterior se paseó por las cimas de los árboles. En esta ocasión llegó a estar suspendido directamente sobre las cabezas de los terrestres, quienes, incluso, llegaron a notar sus efectos calóricos. Con el corazón en un puño, Jason aguardó a que el haz de luz se descargara sobre ellos, abrasándolos con su intolerable temperatura, mas, afortunadamente, al cabo de unos interminables segundos acabó por desviarse unos treinta metros a su izquierda, en donde, al prolongarse, encendió de modo instantáneo los vegetales de aquel lugar.

Empezaron a caminar rápidamente, sesgando hasta hallar el arroyuelo, cuya corriente siguieron, en sentido ascendente. De vez en cuando, aquellos misteriosos rayos, nacidos de las naves que continuaban volando por encima de ellos, quemaban un trozo de bosque, acicateándolos en su marcha.

Jason se volvió hacia la muchacha.

—Supongo que aquí tendrán ustedes un período de oscurecimiento nocturno.

—Sí — dijo ella—. Las máquinas que producen la luz y el calor cesan en su actividad periódicamente, más o menos, como si estuviéramos en la Tierra. Pero aún falta bastante para que llegue la noche.

El joven entendió que la civilización del duodécimo planeta debía de estar muy adelantada, cuando habían conseguido fabricar aquellas poderosas máquinas que producían el día y la noche artificialmente y, además, daban luz y calor.

—Si esto se pudiera aplicar a la Tierra — murmuró con ilusión.

—No, porque vuestra atmósfera está en el exterior — contestó la muchacha —. Esto lo tuvimos que hacer; bueno, nosotros no, nuestros antepasados, hace ya miles de años, cuando la vida en el exterior se tornó imposible. Había que sobrevivir o perecer.

—Pero teníais otros planetas en los cuales podíais haber habitado.

—Entonces el Sol pasaba por un período de particular brillantez y no era posible tal cosa. A Althur no llegaba el suficiente calor, pero en los demás planetas resultaba excesivo. Un angustioso dilema, como puede suponer, que se resolvió favorablemente, con el descubrimiento de la oquedad de Althur. De no haber sido así, nuestra raza no hubiera sobrevivido.

Más descargas térmicas volvieron a incendiar otros trozos de bosque. En alguna ocasión, cayeron tan cercanas que se vieron obligadas a esquivarlas a la carrera, y en una de ellas el agua del arroyo hirvió y se vaporizó estruendosamente. Pero como no producían alteraciones físicas del suelo, apenas se hubieron pasado sus efectos, la corriente volvió a reanudarse.

Caminaron durante largas horas, siempre bajo la capa vegetal, hasta que, rendidos y exhaustos, decidieron hacer alto, aprovechando que en las últimas horas los ataques habían sido mucho menos frecuentes. Jason entendió que desde arriba les habían localizado, pero tal localización forzosamente debía de ser muy imperfecta; de lo contrario ya haría tiempo que toda la partida habría sido exterminada.

El joven se fijó en una curiosa peculiaridad de aquellas descargas térmicas. Sus efectos quedaban reducidos al lugar en que tocaban, sin que se extendieran más allá de unos cuantos metros de radio. El fuego se apagaba por sí solo, una vez consumidos los vegetales que lo habían alimentado. Jason se estremeció al pensar lo que podía haber sucedido en un bosque terrestre. «A estas horas —se dijo — ya estaríamos asados vivos.»

Casi repentinamente, la luz empezó a declinar. Fue un crepúsculo suave, pero más rápido que el de la Tierra, que en pocos minutos, diez, como máximo, dejó paso a una noche bastante oscura. Jason echó de menos las estrellas en el cielo, pero no tardó mucho en aparecer una difusa claridad, muy suave, de tono plateado, que disipó levemente las espesas tinieblas.

Por recomendación de la muchacha, se abstuvieron de encender fuego alguno. Cenaron parte de los víveres que habían traído consigo, aumentadas las raciones con algunos de los frutos que crecían en aquellos árboles, y cuyo

sabor, entre dulce y ácido a la vez, recordó a Jason el de las naranjas. Sin embargo, se abstuvieron de tomar más de uno por cabeza, debido, según pudieron observar, al alto contenido en alcohol de su pulpa.

—Esto haría la felicidad de un fabricante de licores— sonrió el joven, terminando su somera cena, al lado de la muchacha.

Se levantó, empezando a disponer los turnos de vigilancia. La noche era fresca, pero no excesivamente fría, de modo que por la cuestión temperatura no iban a padecer. Contando al capitán Linov, que se había brindado voluntariamente a ser uno más, eran quince, de cuyo número había que descontar tres: Tamara, el herido y Ramírez.

Quedaban doce, cuya fuerza dividió el joven en tres turnos de a cuatro, con el fin de tener vigilados todos los lados del campamento. Uno de ellos, además, estaría al cuidado del prisionero, a quien se le habían atado los pies para permitirle alimentarse. El propio Jason hizo su turno de guardia, y cuando le llegó la hora, muy necesitado de descanso, se acostó, durmiéndose inmediatamente.

Le despertó una fenomenal gritería. Se puso en pie de un salto, requiriendo la pistola, y corrió hacia el lugar del alboroto. Varios de los tripulantes rodeaban a uno de ellos, Barbosa, uno de los lados de cuya cara sangraba abundantemente.

Mientras el médico le hacía una primera cura, el hombre se explicó:

—No sé cómo diablos pudo desatarse ese canalla. Lo único que recuerdo es que sentí un golpe tremendo y que me desvanecí. Munro me encontró tendido en el suelo, a la hora de relevarme.

Jason apretó los labios. La huida de Ramírez era un grave contratiempo, puesto que, sobre conocer exactamente la composición de su grupo, sabía el lugar en que se hallaban. Pero no perdió mucho tiempo en lamentaciones.

—En cuanto le haya curado, reanudaremos la marcha —ordenó—. Levanten el campamento inmediatamente.

Luego se volvió hacia Tamara.

—¿Cuántas horas quedan para amanecer?

Ella consultó su reloj.

—No más de dos, Jasen —replicó.

—Muy bien. Poco tiempo es, pero nos servirá de mucho. ¡Aprisa, aprisa! — exclamó, urgiendo a sus hombres.

La herida de Barbosa era más aparatosa que efectiva y, tras un vendaje conveniente, el tripulante se encontró en condiciones de caminar, como el resto de la expedición. Media hora más tarde, se habían alejado de aquel lugar

lo suficiente como para no temer ser hallados.

Durante todo el día, protegidos por la capa vegetal, continuaren su camino, siguiendo invariablemente el curso del arroyo. Las naves exploradoras proseguían incesantemente su exploración, lanzando intermitentes descargas térmicas, que abrasaban grandes zonas del bosque, pero, afortunadamente, ninguna de ellas les alcanzó.

Hicieron un par de altos en su camino. Al concluir el día, su estado de agotamiento era tal, que Jason se vio obligado, a su pesar, a interrumpir la caminata, pese a que hubiera deseado continuar andando. Pero sus hombres ya no podían más, desentrenados de un ejercicio tan continuado y estaban terriblemente necesitados de un largo descanso.

Cenaron con buen apetito y Jason, nuevamente, distribuyó los turnos de guardia, entregando los primeros a los menos fatigados. Pero entonces notó algo raro en el ambiente y se lo hizo notar a la muchacha.

Tamara palideció al escuchar la observación del joven e, instintivamente, levantó su vista al cielo. Éste continuaba tan brillante como al amanecer.

Después consultó su reloj. Miró consternada al joven.

—Tiene razón, Jason. Hace ya más de una hora que debiera haber anochecido y...

Se interrumpió. Por encima de sus cabezas acababa de oírse un singular sonido: el del aire al ser hendido por un cuerpo viajando a gran velocidad y poca altura.

Una nave, tan baja que pudieron distinguir fácilmente sus menores detalles, pasó por encima de ellos, rozando las copas de los árboles. El aparato desfiló rápidamente, siendo sustituido casi al instante por otro, al cual no tardó en seguir un tercero.

Más naves surgieron sobre sus cabezas. Ahora volaban ya muy despacio, como si supieran exactamente el lugar en que se hallaban, describiendo lentos círculos en torno de ellos. Súbitamente, uno de los aparatos se inmovilizó en la vertical.

La nave estaba oculta a medias por el follaje de los árboles, pero era visible buena parte de su estructura. Quedó unos momentos inmóvil y luego empezó a girar con gran lentitud, trazando en el espacio un círculo de corto radio.

Al mismo tiempo que lo hacía, un rayo térmico brotó de su vientre. El haz calórico no llegó hasta el suelo, sino que quedó sobre las copas de los árboles, cuyas hojas y ramas superiores calcinó, con el fin de permitir la visibilidad de lo que había bajo ellas.

Dos o tres naves más acudieron a aquel lugar, continuando y aumentando

la labor de la primera. La cosa se realizó en tan pocos momentos, que los terrestres no tuvieron tiempo de reaccionar.

—Éste es el fin — comentó sombríamente Jason; y como si lo hubiera presentido, una nave descendió lentamente, quedando suspendida a pocos centímetros del suelo.

Un altoparlante aulló, quebrando el ominoso silencio que había caído sobre la expedición.

—¡No se muevan! —y Jason reconoció al momento la voz de Ramírez, cosa que le hizo convulsionarse de furor—. No intenten resistirse, pues les quemaríamos vivos. Arrojen todas sus armas y equipos al suelo y levanten las manos por encima de sus cabezas.

Varios de los tripulantes consultaron con la vista a Jason. Éste, resignado y avergonzado, inclinó la cabeza.

—Supongo que no nos queda otro remedio que hacer lo que nos dicen, muchachos — dijo con tono sombrío—. No hagan resistencia. No serviría para nada y además agravaría nuestra situación considerablemente. Tiren las armas, por favor.

Él fue el primero en levantar las manos, indicando con ello que se rendía. Después aguardó expectante.

Una escotilla se abrió y un pelotón de hombres saltó al suelo, encabezado por Ramírez. Llevaban en sus manos una especie de fusiles de grueso cañón y ancha boca.

Una torcida sonrisa aparecía en el rostro del traidor. Avanzó unos pasos.

—Por fin les vamos a dar su merecido, estúpidos presuntuosos. Ya les dijimos que se quedasen en su planeta.

Ramírez agitó la mano y sus hombres se abrieron en fila, encañonando con aquellos singulares rifles al abatido grupo. Tamara se apretó instintivamente contra Jason.

Ramírez frunció el ceño.

—Usted — exclamó, dirigiéndose a la joven —, apártese a un lado. Esto sólo va para los terrestres.

—Si les va a causar algún daño, hágamelo también a mí — contestó ella con tono firme.

Jason le pasó la mano por encima del hombro.

Los dientes del traidor rechinaron de rabia.

—¡Apártese, le digo! ¡No quiero quemarla viva! ¡Usted debe...!

Pero Ramírez no pudo continuar. Súbitamente, un ruido extrañó estalló por encima de sus cabezas.

A Jason le pareció un gigantesco latigazo, que torturó cruelmente sus oídos. El trallazo terminó en un fuerte chasquido, como de metal quebrado.

Casi en el acto, una mancha oscura cruzó el espacio y cayó con tremenda violencia a corta distancia de aquel lugar, tronchando estruendosamente unos cuantos árboles. Era una nave, cuyo borde se hundió profundamente en el suelo, como un plato clavado en la arena.

Otra nave cayó, después de un estallido similar. Y cuando la tercera hubo corrido la misma suerte, los hombres que habían seguido a Ramírez, dieron media vuelta y echaron a correr, tirando sus fusiles térmicos para poder hacerlo más rápido.

—¡Volved, traidores! — gritó Ramírez.

El traidor se volvió, loco de ira, y descargó su arma contra los fugitivos, al mismo tiempo que soltaba las más soeces invectivas. Jason, horrorizado, vio convertirse algunos de aquellos cuerpos en antorchas humanas, que ardieron con gran rapidez, desplomándose al suelo casi instantáneamente, fulminados.

Pero su estupor no duró mucho. Al instante supo lo que tenía que hacer y se arrojó sobre una de sus pistolas.

Tamara lanzó un agudo grito:

—¡Cuidado, Jason!

Ramírez se había dado cuenta de su descuido y volvía la boca del arma hacia el joven, en el momento en que los dedos de éste tocaban el arma caída.

Una ráfaga de intolerable calor abrasó el rostro del joven, justo en el instante en que su dedo índice oprimía el gatillo de la pistola. Lo hizo varias veces, y Ramírez, atravesado su cuerpo por tres o cuatro proyectiles, se derrumbó al suelo, convertido en una masa inerte.

Tamara corrió sollozando hacia él.

—¿Te encuentras bien?

Jason se puso en pie, sonriéndola afectuosamente.

—No me ha sucedido nada, gracias a Dios.

—¡Miren! — gritó entonces alguien.

Una nave descendía lentamente hacia ellos, posándose al lado de la anterior, cuyos ocupantes optaron por rendirse, antes de que se lo intimaran. La escotilla se abrió y varios hombres, algunos de los cuales aprisionaron a los anteriores, salieron por ella.

Dos o tres se dirigieron hacia el grupo. Jason abrió desmesuradamente los ojos al reconocer a uno de ellos.

—¡Dios mío! ¡Si es...!

Pero sus sorpresas no habían terminado. Tamara lanzó un grito y echó a correr hacia uno de los recién llegados.

—¡Papá!

La muchacha y el general Winning se confundieron en un estrecho abrazo.

Jason creía estar soñando.

Unos segundos más tarde, el general estrechaba la mano del joven.

—Lo hizo usted muy bien, coronel, y no puedo por menos de felicitarle por ello.

—Gracias, señor; pero..., pero...

—Ya entiendo — sonrió el general—; necesita una explicación, ¿verdad?

—Me gustaría, pero no sé si tengo derecho a ello, señor.

—Lo tiene y usted más que nadie, Koren. No soy el único de Althur que vive en la Tierra desde hace años, estudiando el planeta, antes de dar el paso definitivo para el establecimiento de relaciones. Este momento ha llegado y puedo anticiparle que todo se desarrollará como estaba previsto.

—¿Y... ésos? — inquirió el joven, señalando a los prisioneros.

El rostro de Winning se endureció.

—Sufrirán el castigo que merecen. Su actitud es ilógica y llena por completo de anticuados prejuicios, basados en un nacionalismo fanático que hoy día no tiene razón de existir. Nuestros dos planetas son los únicos habitados y, en circunstancias normales, habitables, del Sistema Solar. Hemos de unirnos y formar una sola entidad política, pese a la distancia que nos separa. En el Universo hay más planetas habitados. Algunos serán amigos, otros serán hostiles. Contra esta situación hemos de estar prevenidos, no para nosotros, pues nuestra existencia es demasiado corta, sino para nuestros descendientes. Hemos de actuar pensando en lo futuro, no en lo presente, y lo futuro nos ordena la unión de ambos mundos. Todos cuantos se opongan a ello serán inexorablemente barridos por el implacable avance de la civilización.

—Pero entonces ¿por qué nos mandó a nosotros? ¿No podía...?

—Debía convencer a los reacios de que estabais lo suficientemente adelantados como para uniros sin desdoro a nosotros. Lo sabían, pero — el general sonrió — también aquí ocurre lo mismo que en la Tierra. Ver para

creer..., ¡y ahora creerán!

Jason asintió. Después lanzó una singular mirada a la muchacha, quien, sin poderse contener, se ruborizó intensamente.

—General — dijo el joven.

—¿Qué hay, Koren?

—Verá. Yo siempre he sido partidario de las alianzas pacíficas.

Winning miró de soslayo a su hija. Se echó a reír con ganas.

Contestó jovial:

—Me parece muy bien. Celebro mucho su espíritu progresista, Koren.

—¿Puedo, con su permiso, preguntar a Tamara si es de mi misma opinión?

El general se echó a un lado.

—Esas preguntas — dijo — se hacen a solas.

—Estoy seguro de que la respuesta será afirmativa, señor — murmuró Jason, avanzando hacia la muchacha.



En el helado valle de Men-Shu caía, lúgubre, la noche mientras una muchacha permanecía atada a la ruinosa pagoda tibetana. A lo lejos, las trompas de los lamas llamaban sin cesar al extraño ser que debía consumar el sacrificio.

¿UN ANIMAL SALVAJE, UN FABULOSO «YETI» O UN ENTE ULTRATERRENO GUIADO POR UNA TENEBROSA MISIÓN?

El secreto de los “Yetis”

UNA NOVELA EXCEPCIONAL, QUE RELATA UNA AVENTURA FANTÁSTICA... PERO QUE MUY BIEN HUBIERA PODIDO SER LA VERDAD QUE TODAVÍA HOY SE IGNORA SOBRE

El secreto de los “Yetis”

Para la próxima semana le reservamos tan prometedora lectura, creada por la incomparable imaginación de *H. S. THELS*.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

145. — La venganza del cerebro. — *Law Space*.
146. — El mito de Fausto. — *H. S. Thels*.
147. — ¡Estaban con nosotros! — *Law Space*.
148. — El fin de Lemuria. — *H. S. Thels*.
149. — ¡Hola, terrícola! — *Law Space*.
150. — Ventana al futuro. — *Clark Carrados*.
151. — Mundo hostil. — *H. S. Thels*.
152. — «Jaque Mate». — *Law Space*.
153. — La ciudad monstruosa. — *H. S. Thels*.
154. — Parásitos cósmicos. — *Law Space*.
155. — El principio del Edén. — *Clark Carrados*.
156. — El tirano del Universo. — *Johnny Garland*.
157. — Lobos del espacio. — *Clark Carrados*.
158. — Los últimos selenitas. — *Roy Silverton*.
159. — Cárcel de acero. — *Clark Carrados*.
160. — Supervivientes. — *Law Space*.
161. — La puerta infinita. — *Clark Carrados*.
162. — Semilla cósmica. — *Johnny Garland*.
163. — Safari. — *Clark Carrados*.
164. — El planeta de los hombres perdidos. — *H. S. Thels*.
165. — La espoleta. — *Clark Carrados*.
166. — Tendré tu piel. — *Law Space*.
167. — Mercenarios del espacio. — *Clark Carrados*.
168. — La venganza de los hibernados. — *Law Space*.
169. — Planeta XII. — *Clark Carrados*.



Escena de YO FUI EL DOBLE DE MONTGOMERY

Distribuida por C. B. Films

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 8 pesos

Notas

[←1]

Iniciales de *Strategic Space Command* y *Strategic Air Command*. Mando Estratégico del Espacio y del Aire.

[←2]

Iniciales de *Unidentied Flying Object*. Objeto Volador no identificado, nombre oficial con el que se conoce a los llamados platillos voladores. (Autor.)